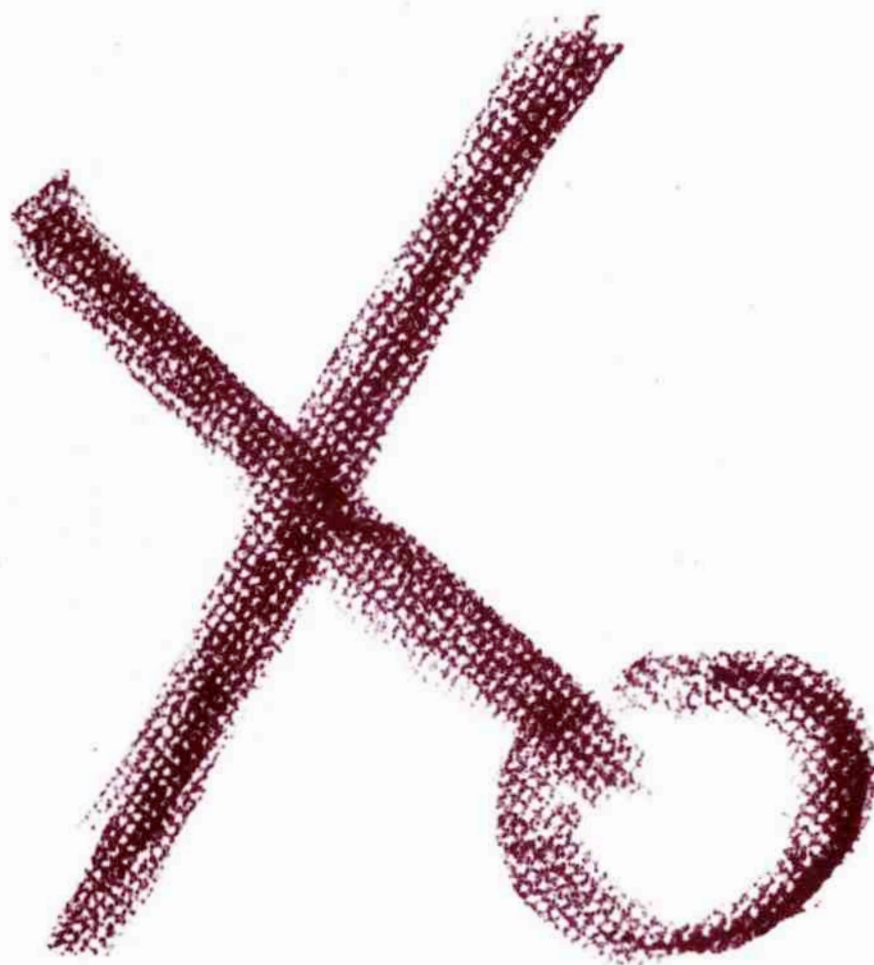


GEORGES BATAILLE

Lo imposible



Libros del Ultimo Hombre.



ARENA LIBROS



Georges Bataille es autor de una obra llamada a la diseminación. Algunos de sus libros, *La summa atheologica*, *La historia del ojo*, *Madame Edwarda*, *La parte maldita*, *El erotismo* o *Lo imposible*, son o serán considerados —cuando el lector acompañe con su penumbra la penumbra que viene de ellos— textos fundamentales entre lo que se ha escrito en el siglo XX. Su obra ha fascinado y ha irritado. Del mismo modo que Bataille supo concitar una extraña fascinación en torno a sus libros y a su pensamiento, supo también en la misma medida irritar a todos, empezando por Breton que reprochaba a Bataille el complacerse en «lo más vil, desesperanzador y corrompido», y siguiendo por Sartre que, cuando Bataille manifiesta que prefiere «ser un santo o un loco antes que un filósofo», no duda en tacharle de «nuevo místico» y en acusarle de preparar con *La experiencia interior* «un pequeño éxtasis panteísta».

Clasificado —como no podía ser de otro modo— como un autor inclasificable, Georges Bataille se ha convertido en autor de una obra que no dejará de trastornar a quienes quieran, tal como ya ha hecho con quienes han querido, sacar algo (positivo) de ella. La literatura, según sus propias palabras, «no se puede reducir a servir a un señor. NON SERVIAM es, se dice, el lema del demonio».

Por su lado demoníaco, su escritura se codea con el mal, es decir, con la parte del demonio,

Lo imposible

LIBROS DEL ÚLTIMO HOMBRE

GEORGES BATAILLE

Lo imposible

HISTORIA DE RATAS
SEGUIDO DE
DIANUS Y DE LA ORESTIADA

Traducción de DRAGANA JELENIĆ

Con un ensayo de EMMANUEL TIBLOUX
y
tres dibujos de FERNANDO CARBONELL

ARENA LIBROS

Título original:
L'impossible

DIBUJOS: FERNANDO CARBONELL

- 1.- *Fuente*. Tinta de calamar.
- 2.- *Laurel*. Tinta de calamar.
- 3.- *Luz de Luna*. Tinta de calamar.

©LES ÉDITIONS DE MINUIT, 1962

© ARENA LIBROS, S.L., 2001

C/ NOVICIADO, 10

28015 - MADRID

TEL.: 91 532 46 02 - TEL./FAX: 91 522 80 95

E-mail: arena@cgtrabajosocial.es

DISEÑO DE LA COLECCIÓN Y PORTADA: EDUARDO ESTRADA

ISBN: 84-930708-9-0

DEPÓSITO LEGAL: M-49239-2001

IMPRESO EN GRÁFICAS PEDRAZA

TELS: 91 542 38 17 / 91 559 01 20

28015 - MADRID

La edición de esta obra se beneficia del apoyo del Ministerio Francés de Asuntos Exteriores y del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en España, en el marco del programa de Participación en la Publicación (P.A.P. «García Lorca»)

GEORGES BATAILLE

Lo imposible

«Su boca no decía más que: «Jesús» y «Catalina». Mientras él hablaba así, puse mi cabeza entre las manos, fijé los ojos sobre la divina bondad y dije: «Lo quiero».

.....

«Cuando le enterraron, mi alma descansó en paz y tranquilidad, y en medio de tal perfume de sangre que no podía soportar la idea de limpiar su sangre que se había derramado sobre mí.»

Santa Catalina de Siena

«Durante esta agonía, el alma se inunda de inexpresables delicias.»

Santa Teresa de Ávila



PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Como los relatos de ficción de las novelas, los textos que siguen — al menos los dos primeros— se presentan con la intención de pintar la verdad. No es que crea que tengan un valor convincente. No he querido engañar a nadie. Más aún, no existe novela que lo consiga. Tampoco podía soñar con hacerlo mejor que cualquier otro. No obstante, sí creo que mis relatos, en un sentido, alcanzan manifiestamente lo imposible. Esas evocaciones, a decir verdad, son de una grave pesadez. Esa pesadez se debe quizás al hecho de que el horror ha tenido en mi vida a veces una presencia real. También es posible que sólo el horror, alcanzado hasta en la ficción, me haya permitido escapar al sentimiento del vacío de la mentira...

El realismo me da la impresión de error. Sólo la violencia escapa al sentimiento de miseria de las experiencias realistas. Sólo la muerte y el deseo tienen la fuerza que oprime, que corta la respiración. Sólo la exageración del deseo y de la muerte permite alcanzar la verdad.

Publiqué este libro por vez primera hace quince años. Le di entonces un oscuro título: El Odio de la Poesía. Pensaba que sólo el odio accedía a la poesía verdadera, que ésta sólo tenía un sentido potente

en la violencia de la rebelión. Sin embargo, la poesía no alcanza esa violencia sino evocando lo Imposible. Casi nadie comprendió el sentido del primer título, y por eso he preferido, finalmente, hablar de lo Imposible.

Es verdad, este segundo título está lejos de ser más claro.

Quizá lo sea algún día...: percibo en su conjunto una convulsión que pone en juego el movimiento global de los seres, que va de la desaparición de la muerte hacia ese furor voluptuoso que es, tal vez, el sentido de la desaparición.

Hay ante la especie humana una doble perspectiva: en un sentido, la del placer violento, del horror y de la muerte —precisamente la de la poesía— y, en el sentido opuesto, la de la ciencia o del mundo real de la utilidad. Sólo lo útil, lo real, tiene un carácter serio. Jamás tenemos el derecho de preferir la seducción: la verdad tiene derecho sobre nosotros. Aún más, ella tiene todos los derechos sobre nosotros. No obstante, podemos, e incluso debemos responder a algo que, no siendo Dios, es más fuerte que todos los derechos: este imposible al que accedemos sólo olvidando la verdad de todos aquellos derechos, aceptando la desaparición.

G. B.

PRIMERA PARTE

HISTORIA DE RATAS
(*Diario de Dianus*)

Handwritten text in the top right corner, possibly a date or page number.

Handwritten title or header text in the center of the page.

I

Handwritten text block below the section header 'I'.

Handwritten text block in the middle of the page.

Handwritten text block in the lower middle section.

Handwritten text block near the bottom of the page.

[Primer cuaderno]

— Estado de nervios asombroso, excitación que no se puede nombrar: amar hasta un punto tal no es sino estar enfermo (y a mí me gusta estar enfermo).

B. no deja de deslumbrarme: la excitación de mis nervios la hace todavía más grande. ¡Qué grande es todo en ella! Sin embargo, dudo en mi temblor: ella tiene tanta desenvoltura (pues es falsa, superficial, equívoca... ¿No es evidente? ¡Arma un jaleo y sale bien parada, dice tonterías al azar, se deja influir por los necios y se conmueve fácilmente, bordeando el crisol, por el tamiz infinito que soy!).

Sé que, ahora, la aburro.

No es que le haya dado motivos para que me desprecie (la decepciono porque, por ser alegre, por ser amable, ella quería lo imposible de mí), sino que en el movimiento que la impulsa, descarta lo que ya ha conocido: lo que me desconcierta en ella es esa impaciencia.

Imagino un clavo de tamaño grande y su desnudez. Sus movimientos arrebatados por el ardor me producen un vértigo

físico, y el clavo que hundo en ella ¡no lo puedo dejar allí! En el momento en el que escribo, sin poder verla y con el clavo duro, sueño con abrazar su cintura: no es la dicha, sino mi impotencia por alcanzarla, lo que me detiene: se me escapa de todos modos, siendo lo más enfermo en mí que quiero que sea así y que mi amor sea necesariamente infeliz. De hecho, ya no busco la felicidad: no quiero dársela, ni la quiero para mí. Me gustaría siempre tocarla *hasta la angustia* y que desfallezca por ello: ella es como es, pero dudo que nunca antes dos seres se hayan comunicado en la certeza de su impotencia.

En el apartamento de A. (no sé si A. miente cuando dice que pertenece a la orden de los jesuitas —se acercó a B en la calle, la embaucó con la gravedad en su hipocresía; el primer día, en su propia casa, vistió la sotana y no hizo otra cosa que beber con ella—), en el apartamento de A., la mezcla de un extremo desorden de los sentidos y de una elevación afectada del corazón nos hechiza, nos arrebata como un alcohol.

A menudo, los tres nos reímos como locos.

(Lo que espero de la música: un mayor grado de profundidad en esa exploración del frío que es el amor *negro* (ligado a la obscenidad de B., sellado por un sufrimiento incesante — inunca lo bastante violento, lo bastante turbio, lo bastante cercano a la muerte!)

Soy distinto de mis amigos porque me burlo de toda convención, porque busco mi placer en lo más bajo. No me avergüenza vivir como un adolescente socarrón, como un viejo. Varado, ebrio y congestionado, en una *boîte* de mujeres desnudas: al verme triste y con un pliegue de angustia en los labios, nadie diría que estoy gozando. Me siento *vulgar* a más no poder, y ya que no puedo alcanzar mi objeto, me hundo al menos en una miseria real.

Tengo vértigo, y la cabeza me da vueltas. Descubro que estoy hecho de la «confianza en mí mismo» —precisamente porque ella me abandona. Si dejo de sentirme seguro, un vacío se abre a mis pies. La realidad del ser es la certeza ingenua de la suerte y la suerte que me eleva me conduce a la ruina. Me sonrojo

por creerme inferior al más *grande*: hasta el punto de no pensar en ello jamás, de olvidar que los demás me ignoran.

El temor a que B. me abandone, a que me deje solo, deshecho, enfermo del deseo de perderme, excita a la postre mi humor. Hace poco lloraba —o, con el ojo vacío, aceptaba el hastío—, ahora el día luce y el sentimiento de una desdicha posible me embriaga: la vida se despereza en mí como un canto entonado en la garganta de una soprano.

Feliz como una escoba cuyo baile en el aire traza un molinete.

Como un ahogado se pierde crispando las manos, como uno se ahoga por no estirar el cuerpo tan plácidamente como en una cama, del mismo modo... pero yo lo sé.

Tú no quieres perderte. Necesitas gozar *por tu cuenta*. Sacabas de la angustia voluptuosidades tan grandes — te sacudían de la cabeza a los pies (conozco tus gozos sexuales, tus sucias voluptuosidades del «Moulin Bleu»: ¿no quieres dejarlo?).

Mi respuesta:

—Lo dejo a condición de que...

—¿Qué condición?

—Pues... tengo miedo de B.

Este triste paisaje de montañas bajo el viento, el frío y la nieve fundida: ¡cuánto me gustaba vivir con B. en este lugar inhabitable! Las semanas han pasado rápidamente...

En las mismas condiciones: alcohol, momentos tempestuosos (de tempestuosa desnudez), penosos sueños.

Andar en un temporal, por un camino de montaña sin atractivo, no es un alivio (parece más una razón de ser).

Lo que me une a B. es lo imposible que se abre como un vacío ante ella y ante mí, en lugar de una vida en común asegurada. La ausencia de fin, las dificultades que renacen siempre, esa amenaza de muerte entre nosotros, como la espada de Isolda, el deseo que nos hace ir más lejos de lo que el corazón soporta, la necesidad de sufrir un desgarramiento incesante, la sospecha misma —de parte de B.— de que todo eso no lleva por azar más que a la miseria, no cae sino en la inmundicia y en la falta de carácter: todo ello hace de cada hora una mezcla de pánico, de espera, de audacia, de angustia (menos a menudo de irritante voluptuosidad), que sólo la acción puede resolver (pero la acción...).

En suma, extraña que la dificultad reencontrada por el vicio —la parálisis, el freno del vicio— dependa de la poca fuerza, de las miserias de las posibilidades reales. No es el vicio el que espanta, sino las pequeñeces que lo rodean, sus fantoches, hombres y mujeres, poco oportunos, imbéciles, aburridos. A decir verdad, yo, por mi parte, debo de ser una montaña tan desolada que no deja acceder a su cima ni siquiera a viejas damas con peluca (por poco las echo de menos: en las salas nocturnas, los payasos, el mal olor —de cuarto de enfermo— del oro, la vulgaridad oropelada me agradan).

Odio a esos seres bien recibidos que carecen del sentimiento de límite (de una impotencia sin igual): la seriedad en la embriaguez del Padre A. (él pertenece, sin lugar a dudas, a la Sociedad) no es algo fingido: sus blasfemias discretas y su con-

ducta responden —con una severidad moral inasible— al sentimiento que él tiene de lo imposible.

... Cené anoche con B. y el Padre A. ¿Debería atribuir las locas declaraciones de A. a la bebida?, o incluso, ¿sería el enunciado de la verdad un método para introducir la duda y engañar más perfectamente?

... A. no es diabólico, sino humano (¿humano? no sería *insignificante*): si se olvida la ropa y el interés anecdótico, el ateo religioso al servicio, dice él, de una causa hostil a la Iglesia. Un jesuita en albornoz (el cuerpo huesudo y largo y la unción sólo son en él un sarcasmo más) es el hombre más desnudo que pueda existir: su *verdad* — B., embelesada, la alcanzaba...

... Vivo en el encanto de la cena de anoche: B. hermosa, felina y negra, tan elegante en su albornoz de rayas azules y blancas, entreabierto de arriba abajo. También sarcástica ante el Padre, riéndose como una llama alzada.

... Esos momentos de embriaguez en los que desafiamos todo, en los que levando el ancla nos dirigimos alegremente hacia el abismo, sin más preocupación por la inevitable caída que los límites dados en el origen, son los únicos en los que nos libramos realmente del suelo (de las leyes)...

... Nada existe que no tenga ese *sentido insensato* —común a las llamas, a los sueños, a las risas locas— en esos momentos en los que la consumación se precipita, más allá del deseo de durar. Incluso el último no-sentido es siempre, en el límite, ese sentido hecho de la negación de todos los demás. (Ese sentido no es en el fondo el de cada ser particular que, como tal, es *no-sentido* de los demás, sino solamente si se burla de la duración — y el

pensar (la filosofía) está en el límite de este abrasamiento, como la vela soplada en el límite de una llama.)

Ante la lógica punzante, cínica y lúcidamente limitada del Padre A., la risa ebria de B. (A. hundido en un sillón — B. de pie, delante de él, semidesnuda, burlona y loca como una llama) era ese movimiento insensato que leva el ancla y se va ingenuamente hacia el vacío. (A la vez, mis manos se perdían en sus piernas... esas manos buscaban ciegamente la raja, se quemaban en ese fuego que me abre el vacío...).

En ese momento, la dulzura de la desnudez (el nacimiento de las piernas o de los senos) tocaba el infinito.

En ese momento, el deseo (la angustia que redobla la amistad) fue tan maravillosamente colmado que yo desesperaba.

Ese momento inmenso —como una risa loca, infinitamente feliz, desenmascarando lo que sigue después de él (revelando el inevitable declive)— sustituía el alcohol por el agua, una ausencia de muerte, un vacío sin fin por la proximidad aparente del cielo.

A. retorcido, rendido a las posibilidades más alocadas, y desencantado...

Si eso no es B., no imagino ser más risiblemente desesperado, no con una esperanza desalentada, sino con una desesperanza verdadera. La rígida honestidad ejercida sin alma en las tareas que no pueden evocarse sin risa (son tan subversivas y paradójicas), la ausencia de grandeza de los métodos aparentemente hechos para asombrar, la pureza en el desenfreno (la ley lógicamente descartada, falta de prejuicios, se encuentra desde un principio en lo peor), la burla opuesta a las delicias que supera la pérdida de los sentidos, hacen de A. el análogo al

plano de una fábrica. El buen sentido liberado hasta tal punto de las convenciones se percibe como una montaña — posee hasta su salvajismo.

B. se asombra ante él de las rarezas del Padre A.

Le explico, en cambio, qué necesidades tan simples deciden su vida: los diez años de estudios profundos, el lento aprendizaje del disimulo, de la desarticulación del espíritu, hacen de un hombre un indiferente. En un sentido un poco cambiado..., *perinde ac cadaver*.

—¿Tú crees? —preguntó B. (ardiendo de ironía, de placer).

Arrodillada a los pies del Padre... bestialmente feliz, ella misma, de mi locura.

Conmovido, el rostro de nuestro amigo resplandeció con una sonrisa burlona.

No sin violencia, se relajó.

El labio amargo y los ojos perdidos en la profundidad del techo, ahogados de inefable felicidad.

B., cada vez más felina, me dice:

—Mira cómo el Reverendo sonrío a los ángeles.

—¡Los ángeles del Señor, dice A., quitan el sueño al justo!

Hablaba como quien bosteza.

Lamento no estar muerto cuando observo el labio húmedo de B., y la miro en el fondo del corazón. Alcanzar el placer exasperado, la extrema audacia, agotando a la vez el cuerpo, la inteligencia y el corazón, casi anula la supervivencia. Destierra al menos el reposo.

— Mi soledad me desmoraliza.

— Una llamada telefónica de B. me previene: dudo que la vuelva a ver pronto.

— Y «el hombre solo» es un maldito.

B. y A. viven solos, muy a lo suyo. A. en una orden religiosa, B. con su familia — por muy insidiosos que sean sus vínculos con esa orden, con esa familia.

— Tirito de frío. De repente, sin esperarlo, la partida de B. me repugna.

Me asombro: tengo miedo a la muerte, un miedo cobarde y pueril. Me gusta vivir sólo a condición de arder (necesitaría todo salvo querer durar). Por muy extraño que sea, la poca obstinación que tengo por durar me priva de la fuerza para reaccionar: vivo ahogado por la angustia y tengo miedo a la muerte, precisamente por falta de amor a la vida.

Adivino en mí la duración posible, la indiferencia de lo peor, la locura que se necesita en los suplicios: y sin embargo tiemblo, me duele.

Conozco mi llaga incurable.

Sin ese desafío de la felina B. —que ilumina como un fuego el espesor de las tinieblas— todo es insulso y el espacio está vacío. En ese momento, igual que descende el mar, la vida se retira de mí.

Si yo quiero...

Mas no.

Me niego.

Soy presa del miedo en mi cama.

Ese desafío —su frescor de lis y las manos frescas de desnudez— como una cúspide del corazón, inaccesible...

Pero la memoria es vacilante.

Recuerdo *mal*, cada vez peor.

A menudo soy tan débil que me falta fuerza para escribir. ¿Fuerza para mentir? Debo decirlo, también: esas palabras que voy hilando mienten. No escribiría sobre los muros de la prisión: debería arrancarme las uñas para buscar la salida.

¿Escribir? ¿Volver a tener uñas, esperar, aunque en vano, el momento de la liberación?

Mi razón de escribir es alcanzar a B.

Lo más desesperante: que B. al fin pierda el hilo de Ariadna que es, en el dédalo de su vida, mi amor por ella.

Ella sabe, pero olvida (¿no es necesario, con ese fin, olvidar?) que ella y yo hemos entrado en la noche de una prisión de la que no saldremos sino muertos, reducidos a pegar en el frío el corazón desnudo contra el muro, a la espera de que haya una oreja pegada al otro lado.

¡Maldición! ¡Que para alcanzar ese momento sea necesaria la prisión, y la noche y el frío que siguen a ese momento!

Ayer pasé una hora con A.

Primero quiero escribir esto. No disponemos de medios para alcanzar: en verdad alcanzamos; alcanzamos de repente el punto al que había que llegar y pasamos el resto de nuestros días buscando un momento perdido; pero cuántas veces se nos escapa, precisamente porque el mismo buscar nos desvía, y el estar unidos es sin duda un medio... de no carecer nunca del momento del retorno. — De repente, en mi noche, en mi sole-

dad, la angustia cede a la convicción: es hipócrita, ni siquiera desgarrar (de desgarrar tanto, ya no desgarrar), *de repente el corazón de B. está en mi corazón.*

En el curso de la conversación, el movimiento de bestia acorralada por el sufrimiento me quitaba el deseo de respirar. Estaba tentado de hablar: a mi tentación respondía un rostro burlón (A. no ríe, sonrío sólo raras veces, no existe en él *momento perdido* a cuya búsqueda esté condenado: está *desesperado* (como la mayoría); habitualmente posee un pensamiento oculto de felicidad accesible).

Extraños reflejos, en una oscuridad cavernosa, el fulgor de la desnudez: L. N. y su esposa, E., elegantes los dos. E. me daba la espalda, descotada, rubia, con vestido de rosa. Me sonreía en el espejo. Su alegría insidiosa... Su marido le alza el vestido, con la punta de un paraguas, hasta la altura de los riñones.

Muy dieciochesco, dijo N. en mal francés. La risa de E., en el espejo, llena de malicia, irradiaba alcohol.

Es extraño que el mismo fulgor insensato brille para todos los hombres. La desnudez da miedo: toda nuestra naturaleza emana del escándalo del que obtiene el sentido de lo horrible... Lo que se llama *desnudo* supone una fidelidad desgarrada, es sólo una respuesta temblorosa y amordazada a la más turbia de las llamadas. El fulgor furtivo, vislumbrado en la oscuridad, ¿no exige que se le dé una vida (el don de una vida)? ¿No debería cada uno, desafiando la hipocresía de todos (¡qué estupidez en el fondo de las conductas «humanas»!), reencontrar el camino que le conduzca, a través de las llamas, a la inmundicia, a la noche de la desnudez?

El búho sobrevuela, bajo el claro de la luna, un campo en el que gritan los heridos.

Al igual que él, sobrevuelo yo en la noche mi propia infelicidad.

Soy un desgraciado, un solitario enfermizo. Tengo miedo a la muerte, amo y sufro de modos distintos: dejo de lado entonces mis dolores y *digo que mienten*. Afuera hace frío. No sé por qué estoy ardiendo en mi cama: no tengo fuego, hiel. Si estuviera afuera desnudo, aquejado, detenido, perdido (oiría mejor que desde mi habitación esos silbidos y detonaciones de las bombas — en estos momentos están bombardeando la ciudad), el rechinar de mis dientes seguiría mintiendo.

He desvestido a tantas chicas en el burdel. Bebía, estaba borracho, y no me sentía feliz sino a condición de estar indefenso.

La libertad que uno tiene sólo en el burdel...

En el burdel, podía quitarme los pantalones, sentarme en el regazo de la patrona y llorar. Eso tampoco importaba, no era sino una mentira, que consumía, sin embargo, el pobre posible.

Tengo de mi culo una idea pueril, honesta, y tanto miedo en el fondo.

Mezcla de horror, de amor infeliz, de lucidez (¡el búho!)...

Como un loco fugado de un manicomio, mi locura me encierra de nuevo.

Mi delirio está descompuesto. No sé si me río de la noche, o si la noche... Estoy solo, y, sin B., lloro. Mi llanto se pierde del mismo modo que la vida en la muerte. La obscenidad exaspera al amor.

Recuerdo despavorido de B., desnuda bajo los ojos de A. Yo la apretaba locamente y nuestras bocas se mezclaban. A., turbado, callaba; «era como en la iglesia». ¿Y ahora?

Amo a B. hasta el punto de amar su ausencia y de amar en ella mi angustia.

Mi debilidad: arder, reír, gozar, pero cuando viene el frío, carecer del coraje de vivir.

Lo peor: tantas vidas indefendibles — tanta vanidad, fealdad y vacío moral. Esta mujer del doble mentón cuyo inmenso turbante proclamaba el imperio del error... La multitud —inaptitud, desecho— ¿no es en conjunto un error?; la caída del ser en el individuo, del individuo en la multitud, ¿no es, en nuestras tinieblas, un «todo salvo...»? Lo peor sería Dios: más bien Madame Charles exclamando: «¡qué amorcito!»; más bien yo mismo acostado con Madame Charles, pero el resto de la noche sollozando: condenado a querer lo imposible. Después, las torturas, el pus, el sudor, la ignominia.

Toda una actividad de muerte en vista de resultados mezquinos.

En este laberinto de la impotencia (la mentira por todas partes), olvido el instante *en el que se eleva el telón* (N. levantando el vestido, E. riéndose en el espejo: me precipité, tomé la boca y los senos saltaron del vestido...).

Desnudez de E..., desnudez de B., ¿me liberaréis de la angustia?

Pues no...

... seguid dándome angustia...

II

La devoción extrema es lo opuesto a la piedad, el vicio extremo, lo opuesto al placer.

Cuando pienso en mi loca angustia, en mi necesidad de ser inquieto, de ser en este mundo un hombre que respira mal, al acecho, como si fuera a carecer de todo, imagino el horror de mis antepasados campesinos, ávidos de temblar de hambre y de frío, en el aire enrarecido de las noches.

Cuánto *quisieron*, en las ciénagas de las montañas en las que vivían, respirar mal, temblar de miedo sin más (por el alimento, el dinero, las enfermedades de los animales y de los hombres, las pérdidas y las sequías), y su alegría vigorosa a merced de sombras que merodeaban.

En cuanto al patrimonio de angustia de la desnudez que se legaban (los fuegos de las antorchas peladas en el momento de baba de las concepciones bajas), nada evidentemente más «vergonzoso».

«Los padres han comido las uvas verdes y a los hijos les da dentera.»

Me horroriza que mis abuelas tengan en mí un nudo en la garganta.

Sin noticias de B., no he acabado un camino de la muerte ciega y ebria, y creo que conmigo lo sigue la tierra entera (silenciosa, aburrida, condenada a la espera interminable).

Esta mañana nieva, estoy sólo y sin fuego. La respuesta sería: la fogata, el calor y B. Pero el alcohol llenaría las copas, B. reiría, hablaría de A., nos dormiríamos, desnudos como bestias, y como el polvo estelar se hurta en el cielo a cada fin concebible...

Recibo bellas respuestas, entre ellas la desnudez, la risa de B. Pero el sentido apenas varía. No hay nada que la muerte no sustraiga de antemano. ¿La más bella no sería la más tosca — ella misma anunciando su miseria en un movimiento jubiloso — provocador, impotente (como la otra noche la desnudez de B. ante A.)?

B. se reía, frente al Padre, sus piernas hasta los senos salvajemente desnudas, su insolencia en un momento así recordaba a los amantes condenados al suplicio, escupiendo a la nariz de sus verdugos. Ese movimiento ¿no es el más *libre*? (en el que las llamas se lanzan, en la noche, hasta las nubes), ¿el más voluptuoso?, ¿el más insulso? Al escribir, intento captarle un reflejo, pero nada... Me voy en la noche sin llamas y sin reflejo, todo se hurta en mí.

¡Ay, la desgracia *insensata*, sin pesar, sin angustia! De llamas tales, desgarradoras y desgajadas, heme aquí ardiendo del deseo de arder. Entre la muerte y el dolor físico —y el placer, más profundo que la muerte y el dolor— me arrastro en una noche triste, en el límite del sueño.

La impotencia de la memoria. — El año pasado fui a ver el espectáculo de Tabarin. Ávido de antemano de la desnudez de las chicas (a veces la liga de color, el liguero colocado sobre la silla, evocan con más rigor lo peor, la carne codiciada y desnuda — pocas veces vi a las chicas sobre las pasarelas sin penetrar en su intimidad *insulsa*, aun antes de lo que lo habría hecho en una cama). No había salido desde hacía meses. Iba a Tabarin como a una fiesta, brillante de labios y de sexo fácil. Soñando por adelantado con un mar de chicas que ríen —tan hermosas y consagradas a los placeres de la desnudez— bebía; un gusto por la voluptuosidad ascendía en mí como una savia: iba a *ver* y de antemano estaba feliz. Estaba ebrio en el momento de entrar. Por impaciencia y para sentarme en primera fila, llegué demasiado pronto (pero, por exasperante que sea, la espera del espectáculo es mágica). Tuve que pedir, para mí solo, una botella de champán. Al cabo de poco, la vacié. La embriaguez acabó por abrumarme: cuando salí del aturdimiento, *el espectáculo había terminado*, la sala estaba vacía y mi cabeza todavía más. Como si no hubiera visto nada desde el principio hasta el fin, no tenía más que un agujero en la memoria.

Salí al black-out. Había tanta negrura en mí como por las calles.

Esa noche no pensaba en el recuerdo de mis abuelos, a los que la bruma de las ciénagas mantenía en el barro, con el ojo seco y el labio afinado por la angustia; teniendo, por la duración de su condición, el derecho de maldecir al otro, y extrayendo de su sufrimiento y de su acritud el principio que dirige el mundo.

Mi angustia no consiste solamente en saberme libre. Ella

exige un posible que me *atraiga*, y que me dé miedo a la vez. La angustia difiere de un temor razonable, del mismo modo que un vértigo. La posibilidad de una caída inquieta, pero la inquietud se redobla si la perspectiva, en lugar de descartar, encuentra en el espanto que produce una involuntaria complicidad: la fascinación por el vértigo no es en el fondo sino un deseo experimentado de un modo oscuro. Asimismo, la excitación de los sentidos. Cuando una chica hermosa se desnuda de la media pierna a la cintura, el deseo hace vívida una imagen de lo posible indicado por la desnudez. Hay quienes permanecen insensibles y, del mismo modo, uno no está forzosamente sujeto al vértigo. El deseo puro y simple del abismo es poco concebible, tendría como fin la muerte inmediata. Puedo, al contrario, amar a la chica desnuda ante mí. Si me parece que el abismo responde a lo que espero, me opongo inmediatamente a la respuesta, pero el bajo vientre de las jóvenes no muestra rasgo alguno del abismo sino a la larga. No sería un abismo si estuviera disponible infinitamente, permaneciendo igual a sí mismo, hermoso para siempre, desnudado por el deseo para siempre, y si yo, por mi parte, tuviera fuerzas inagotables. Sin embargo, si no tiene el rasgo inmediatamente negro de un barranco, no está por ello menos vacío, ni conduce menos al horror.

Estoy sombrío esta noche: el gozo de mi abuela de apretar los labios contra el barro, mi maldita mezquindad conmigo mismo es lo que me queda hoy de los placeres de otra noche (del bello alboroz abierto, del vacío entre las piernas, de las risas desafiantes).

Debería haber sospechado que B. tuviese miedo.

Yo lo tengo ahora, a mi vez.

—¿Cómo, al contar el cuento de las ratas, no he sopesado en su amplitud el horror de la situación?

(El Padre rió, pero sus ojos se dilataron. Conté una tras otra las dos historias:

X. (muerto hace veinte años, es el único escritor de nuestra época que soñaba con igualar la riqueza de *Las Mil y una Noches*) se encontraba en una habitación de hotel en la que se presentaban hombres con uniformes diversos (dragón, bombero, marino, guardia municipal o repartidor). Una colcha de encaje cubría a X., que estaba tendido sobre la cama. Los personajes de turno se paseaban por la habitación sin decir palabra. Un joven ascensorista, amado de X., llegaba el último, vestido con el uniforme más hermoso, y llevaba una jaula en la que había una rata. Tras poner la jaula sobre una mesita, el ascensorista se armaba de un alfiler de sombrero con el que atravesaba a la rata. En el momento en el que el alfiler penetraba el corazón, X. manchaba la colcha de encaje.

X. se dirigía a un cuartucho en un sótano del barrio de Saint-Séverin.

—Señora, preguntaba a la patrona, ¿tiene usted hoy ratas?

La patrona respondía a la espera de X:

—Sí, señor, decía, tenemos ratas.

—Ah...

—Y, esas ratas, señora, proseguía X., ¿son bellas *esas ratas*?

—Sí, señor, muy bellas.

—¿De verdad? ¿Pero esas ratas?... ¿son grandes?

—Ya las verá usted, son ratas enormes.

—Es lo que necesito, sabe, ratas enormes...

—Ah, señor, son unos colosos...

X. se precipitaba sobre una vieja que le esperaba.)

Al fin conté mi historia como había que contarla.

A. se levantó y dijo a B.:

—Qué pena, querida amiga, es usted tan joven...

—Yo también lo siento, Padre mío.

—Porque sí, ¿verdad?

(Aun el... de elegantes personajes tiene la enormidad de una rata)

Eso no es en realidad caer en un vacío: al igual que la caída arranca un grito, se eleva una llama..., pero la llama es como un grito, no se puede asir.

Lo peor es, indudablemente, una duración relativa, que da la ilusión de que se capta, de que se captará por lo menos. Lo que queda en las manos es la mujer y, una de dos, o se nos escapa ella, o se nos escapa la caída en el vacío que es el amor: nos tranquilizamos en este último caso, pero como víctimas. Y lo mejor que puede pasar es tener que buscar el momento perdido (en el que secretamente, tal vez incluso con felicidad, pero dispuestos a morir por ello, hemos lanzado nuestro único grito).

Grito de niño, de terror, y, sin embargo, de gran felicidad.

Esas ratas que nos salen de los ojos como si habitásemos tumbas...: el mismo A. tiene el ímpetu y el carácter de una rata — tanto más alarmante cuanto que no se sabe de dónde sale ni por dónde pulula.

Esa parte de las chicas entre la media pierna y la cintura —que responde violentamente a lo esperado— corresponde al inasible paso de una rata. Lo que nos fascina es vertiginoso: la

insipidez, los repliegues, la cloaca tienen la misma esencia, *ilusoria*, que el vacío de un barranco en el que uno va a caer. El vacío también me atrae a mí, si no tuviera vértigo — pero me muero si caigo, y ¿qué puedo hacer con un vacío, sino caer en él? Si sobreviviera a la caída, comprobaría la inanidad del deseo — como ya me ha ocurrido mil veces con la «pequeña muerte».

Con toda seguridad, y de manera instantánea, la «pequeña muerte» agota el deseo (lo suprime) y nos pone en el estado de un hombre al borde de un barranco, tranquilo, insensible al hechizo del vacío.

Es cómico que hayamos debatido, A. y B. tendidos a mi lado, las cuestiones políticas más remotas — la noche, en la calma después de la satisfacción.

Yo acariciaba la cabeza de B.

A. tenía en su mano el pie desnudo de B. — que carecía de la decencia elemental.

Abordamos la metafísica.

¡Reencontramos la tradición de los diálogos!

¿Escribiré ese diálogo? Hoy me niego, me pone de los nervios.

Demasiada angustia (por la ausencia de B.).

Lo que me impresiona: si aquí relatara ese diálogo, dejaría de perseguir el deseo.

Pues no, el deseo me ciega en el momento.

Igual que a un perro que roe un hueso...

¿Renunciaría a mi búsqueda desgraciada?

He de decirlo también: la vida es más móvil que el lenguaje —por muy loco que éste sea— porque el más tenso lenguaje no es el más móvil (bromeo con B. incesantemente, nos reímos uno del otro a nuestras anchas: a pesar de mi esfuerzo por ser veraz, no puedo hablar más de eso. Escribo del mismo modo que un niño llora: un niño renuncia lentamente a las razones de su llanto).

¿Perdería la razón de escribir?

E incluso...

Si hablase de guerra, de tortura...: como la guerra, la tortura, hoy en día, se sitúan en los puntos que ha fijado el lenguaje común, me desviaría de mi objeto — que me arrastra más allá de los límites admitidos.

Más, veo de ese modo cómo la reflexión filosófica traiciona: no puede responder a lo que se espera de ella, porque tiene un objeto limitado —que se define a partir de otro previamente definido— que, aunque contrario al objeto del deseo, es siempre indiferente.

¿Quién se negaría a ver, bajo una apariencia de frivolidad, que mi objeto es lo esencial, que otros considerados como más graves no son, de hecho, sino los medios que conducen a la expectativa del mío? La libertad no es nada si no consiste en vivir al borde de límites en los que toda comprensión se descompone.

La desnudez de la otra noche es el único punto de aplicación de mi pensamiento que lo deja por fin desfalleciente (por el exceso del deseo).

La desnudez de B. pone en juego *mi expectativa*, cuando sólo

ésta tiene el poder de poner en cuestión *lo que es* (la expectativa me arranca de lo *conocido*, porque el *momento perdido* lo es para siempre; bajo la cubierta de lo *ya visto*, busco ávidamente el más allá: lo *desconocido*).

¡Qué importa que la filosofía sea esta discusión ingenua: la interrogación que podemos hacer *apaciguados*! ¿Cómo estaríamos *apaciguados* si no nos apoyáramos sobre todo conocimiento presupuesto? Introducir un dato metafísico en la extremidad tensa del pensar revela cómicamente la esencia: la de cada filosofía.

Este diálogo, sólo el desfallecimiento que sigue... lo ha permitido.

¡Qué irritante es no poder hablar de la *guerra* más que *apaciguado* (apaciguado, ávido de paz)! Aunque, pensándolo mejor, escribo este libro que parece ser de un ciego indiferente.

(Hablar como suele hacerse de la guerra exige que se olvide del todo lo imposible. Lo mismo ocurre con la filosofía. Uno no puede hacerle frente sin abandonarla — incluso el hecho de que combatimos y nos matamos nos desvía de lo imposible.)

Cuando, como hoy, vislumbro el fondo *simple* de las cosas (lo que a condición de una posibilidad infinita, la agonía revelará sin reservas), sé que debería callarme: hablando, retraso el momento de lo irremediable.

Acabo de recibir estas líneas de B., con el sello de V. (una pequeña ciudad de Ardèche), y una letra infantil (tras seis días de silencio):

Un poco herida escribo la mano izquierda.

Escenas de pesadilla.

Adiós.

Abraza al Reverendo a pesar de todo.

B.

¿Qué me importa a mí durar?

¿Perseguir la partida perdida?

No hay razón alguna para escribir o para ir esta tarde a la estación. Tal vez ésta: me gusta pasar la noche en un tren, a ser posible en tercera. O ésta: sí, como el año pasado, el guardabosques de la finca de B. me rompe la cara en la nieve, sé quién se reirá.

¡Yo, claro!

Debería haberseme ocurrido. B. se ha refugiado en casa de su padre...

Descorazonado.

Que B. huya de mí, que se refugie donde no la puedo alcanzar de modo alguno, cuando ese viejo borracho le da palizas (su padre: ese viejo desecho farfullando sus cuentas), cuando ella me había prometido... Me siento cada vez peor.

Me reí, me reí solo. Me levanté silbando y me dejé caer a tierra, como si, de repente, hubiera silbado las pocas fuerzas que me quedaban. Y lloré sobre la alfombra.

B. se escapa por sí sola. Sin embargo...

Nadie como ella ha provocado la suerte (en el caso de A.).

A saber: ella no lo tenía pensado. En cuanto a mí, tengo la conciencia (¡hasta qué punto la tengo y qué daño me hace! ¡una conciencia hinchada como una mejilla!, ¿pero cómo asombrarme de que B. huya de mí!).

Mis sienes palpitan siempre. Afuera nieva. Ya desde hace varios días, creo. Tengo fiebre y odio esta fogarada; mi soledad, desde hace algunos días, es realmente enloquecedora. Ahora, hasta la habitación miente: mientras en ella hacía frío y no había fuego, guardaba las manos debajo de las mantas y me sentía menos acorralado, me palpitan menos las sienes. Medio dormido, soñé que estaba muerto: el frío de la habitación era mi ataúd, las casas de la pequeña ciudad otras tantas tumbas. Me iba acostumbrando. Estaba algo enorgullecido por mi condición de ser desgraciado. Temblaba, sin esperanza, deshecho como arena que se escurre.

Absurdo, impotencia sin límites: enfermo a unos pasos de

B. en esta posada de pequeña ciudad, sin modo alguno de alcanzarla.

¿Me escribirá cuando encuentre en París la dirección del hotel de V.?

Renunciaré, creo, a contrariar la mala suerte.

Decido, tras pensarlo mucho, mandarle unas letras.

Es poco probable que venga, incluso si puede (todo se sabe en las ciudades pequeñas). Hago infinitos cálculos; es inevitable que Edron (el guardamontes-conserje) intercepte el recado y se lo dé al padre. Llamará a mi puerta y, como el año pasado, no será B., sino el pequeño Edron (el viejo minúsculo y vivaz como una rata) quien se arrojará sobre mí, y, como el año pasado, me matará a porrazos. El colmo es que hoy, aunque no me pueden coger por sorpresa, con todo no podría hacer nada. En mi cama, no tengo la menor fuerza.

¡Oh, don Juan de pacotilla, víctima en su posada helada del conserje del comendador!

El año pasado, esperaba a B. en la nieve, en el cruce: él se precipitó sobre mí, yo comprendí que me atacaba solamente cuando recibí un golpazo en la cabeza. Perdí la conciencia y recuperé el sentido bajo los golpes de los zapatos del viejo. Me golpeaba en el rostro. Estaba cubierto de sangre. No insistió más y se fue corriendo como había venido.

Apoyado en las manos, observaba cómo mi sangre caía de la nariz, de los labios sobre la nieve. Me levanté y meé al sol. Sufría, impedido por las heridas. Estaba mareado y, como no

me quedaba medio alguno de alcanzar a B., entré en esa noche en la que cada hora me hundía y me perdía un poco más.

Me calmo (o casi) si reflexiono: el pequeño Edron no es la causa, *jamás* he tenido la menor posibilidad de alcanzar a B. B. se me escapa de cualquier modo, aparece de improvisto como Edron, desaparece de improvisto como él. Quise hospedarme en el hotel, por su ausencia de finalidad, en esa vana antecámara del vacío. No sé si voy a morir (¿tal vez?), pero no imagino mejor comedia de la muerte que mi estancia en V.

Me castañetean los dientes, estoy tiritando de fiebre, y me río. Mi mano ardiente estrecha la mano helada del Comendador, imagino a éste en mi mano, transformado en un notario, calvo, pequeño, liso como una hoja de papel. Pero mi risa vuelve a mi garganta: él bebe y le pega a su hija. B., ávida de hacerles frente, isemanas enteras a su merced! Y su madre está enferma...: ıla trata como una puta delante de las criadas! Pero yo mismo pierdo la cabeza, mientras que él pega a su hija y la matará.

«De hecho, al farsante no le preocupaba B. Ni siquiera se podía decir con certeza que la amara. Su amor supuesto no tenía otro sentido la angustia que sacó de él. Lo que amaba era la noche. Prefería a B. antes que a otras mujeres, porque ella lo evitaba, huía de él, y durante sus largas huidas, estaba bajo amenaza de muerte. Amaba la noche verdaderamente, como un enamorado a la mujer de su vida».

Pero no. B. misma es la noche, aspira a ella. Algún día abandonaré el mundo: entonces, la noche será la noche, moriré. Pero, mientras vivo, lo que amo es el amor que tiene la vida de

la noche. Es bueno que mi vida, porque tiene la fuerza necesaria, sea la espera de un objeto que la arrastra hacia la noche. Nos esforzamos en vano buscando la felicidad: la noche misma quiere de nosotros la fuerza de amarla. Nos hace falta, si sobrevivimos, encontrar las fuerzas necesarias — que tendremos que gastar por amor a ella.

☞ Cuando abandoné París, corté los puentes detrás de mí. Mi vida en V., desde un principio, no se distinguía de un mal sueño, de ella quedaba sólo el absurdo: tenía suerte de estar enfermo, en condiciones insostenibles.

☞ Me mandaron una carta desde París: mi tristeza es tan grande que algunas veces gimo en voz alta.

☞ La carta está escrita, como el primer mensaje, con la mano izquierda, pero menos indecisa:

☞ «... mi padre me arrastró de los pelos por la casa. Yo gritaba: eso hace un daño increíble. Mi madre me puso un momento la mano sobre la boca. Nos matará, a mi madre y a mí, dice, luego te matará a ti, pues dice con burla: ¡no quiere que seas infeliz! Me cogió un dedo y me lo retorció con una maldad tan diabólica que rompió el hueso. Jamás hubiera podido imaginar un dolor tan violento. No entiendo bien lo que ha pasado: grité, con la ventana abierta, en el momento en que pasaba una bandada de cuervos; sus gritos se mezclaban con los míos. Quizás me esté volviendo loca.

☞ »Recela de ti: va a los hoteles a la hora de comer, atraviesa el comedor. Está loco: el médico quiere internarle, pero su esposa, tan loca como nosotros, no quiere que sepa (que se le diga)... Tú le obsesionas de la mañana a la noche: *te odia por encima de todo*. Cuando habla de ti, de su cabeza de sapo sale una pequeña lengua roja.

»No sé por qué, a todas horas te llama «milord» y «caimán». Va contando que te casarás conmigo, porque, dice, quieres la fortuna y el castillo: ¡tendremos ‘bodas fúnebres’!»

Yo mismo me vuelvo loco, con toda seguridad, en mi habitación.

Iré al castillo bajo la nieve, tiritando en mi abrigo. En la puerta de la verja aparecerá el viejo Edron. Veré su boca taimada y furiosa, y no entenderé sus injurias por el ruido de los ladridos.

Estaba acurrucado en mi cama: lloraba.

¡Lágrimas de caimán!

Ella, B., no llora; jamás ha llorado.

La imagino en uno de los pasillos del castillo, como una corriente de aire, dando portazos a una puerta tras otra, y riéndose, a pesar de todo, de mis lágrimas de caimán.

Sigue nevando.

Mi corazón late más violentamente cuando oigo pasos en el hotel: ¿B. habrá ido a la lista de correos, encontraría allí mis cartas y vendrá?

Llamaron a la puerta y ya no dudé que había venido, que el muro que me separaba de ella se abriría... Ya imaginaba ese placer fugitivo: volver a verla, después de tantos días y noches. El Padre A. abrió la puerta con una sonrisa ligera y una extraña burla en los ojos.

—He recibido noticias de B. —me dijo—. Finalmente he

recibido una carta en la que me pedía que viniera. Usted no puede hacer nada, me dice. Yo, mi sotana...

Le supliqué que fuera al castillo sin tardar.

Me vio delgado y destrozado, con una barba de ocho días.

—¿Qué le ocurre? Le daré noticias de usted.

—Estoy enfermo —le dije—, no lo he podido prevenir. Las noticias que tengo yo personalmente son más viejas que las suyas.

Le describí mi estado.

—No sé —proseguí— dónde he leído esta frase: «*Este sotana es seguramente un mal presagio*». Imagino lo peor.

—No se preocupe —me dijo—, me he enterado en el hotel. De una desgracia se sabe pronto en una ciudad pequeña.

—¿El castillo está lejos de aquí?

—A tres kilómetros. B. estaba viva, hace un par de horas, con toda seguridad. Más que eso no sabemos. Déjeme reavivar su fuego, hace frío en su habitación como en un banco de hielo.

¡Ya sabía yo que ella no iría a la lista de correos!

¿Y ahora?

Mi mensajero va volando sobre la nieve: parece uno de esos cuervos cuyos gritos se mezclaban con los de B. en su habitación.

Esos pájaros que sobrevuelan las nieves acompañan probablemente al jesuita, que se dirige hacia la habitación en la que B. gritó. Imagino a la vez la desnudez de B. (los senos, las caderas, la piel), la cara de sapo del verdugo, la lengua roja; y ahora, los cuervos, el sacerdote.

Siento cómo se me eleva lentamente el corazón, hasta el punto en el que uno toca la intimidad de las cosas.

¡A. va rápido como una rata!

Mi comportamiento descompuesto, la ventana que da al vacío y mi exasperante «¡no importa!», como si fuera sostenido, hostigado por el tiempo, en víspera de macabros acontecimientos...

Como si el reencuentro en el castillo del padre (de la hija, mi amada, y de su amante, el jesuita) diese a mi dolor no se sabe qué exceso inaprensible...

.....
..... ¿qué aurora se eleva en mí? ¿qué luz inconce-
bible? alumbrando la nieve, la sotana, los cuervos...

... itanto frío, dolor y obscenidad! icon todo esa relojería
rigurosa (el sacerdote), capaz de las misiones más delicadas,
obligada a castañetear los dientes!...

... no sé qué es lo que da vueltas en mi cabeza —en las
nubes— como algo impalpable —deslumbrante— vacío sin
límite, cruelmente frío, saliendo como un arma blanca...

... oh, mi enfermedad, qué exaltación glacial, a la altura de
un asesinato...

... desde ahora, ya no tengo límites: lo que rechina en el
vacío que está en mí es un dolor agotador cuyo único fin es
morir...

... el grito de dolor de B., la tierra, el cielo y el frío están des-
nudos como los vientres en el amor...

.....
.....
.....
.....
..... A., rechinando los dientes en el umbral, se arroja sobre B., la desnuda, arranca su ropa en el frío. En ese momento llega el padre (no el padre A., sino el padre de B.), el pequeño ratero, riéndose como alelado y diciendo con dulzura: «¡Lo sabía, esto es una comedia!».....

..... el hombrecillo, el padre, el socarrón, con paso sigiloso se arroja sobre esos dos furiosos en el umbral (tendidos sobre la nieve y la mierda al lado de ellos —no hay que olvidar la sotana, y, sobre todo, *el sudor de muerte*— me parecería puro): hace con sus manos una bocina (el padre, con el ojo brillante de malicia) y grita en voz grave: «¡Edron!».....

..... algo calvo y bigotudo, con el paso solapado de un ladrón, el dulzón, falso a más no poder, con una mona risa contenida: llama con voz grave: «¡Edron! ¡La escopeta!».....

..... en el silencio adormecido de la nieve, resuena una detonación.....

Me despierto algo molesto; sin embargo, alegre.

Los lados oblicuos del ser, por los que escapa a la pobre simplicidad de la muerte, se revelan más a menudo en la indiferente lucidez: sólo la maldad alegre de la indiferencia alcanza esos límites lejanos en los que ni siquiera lo trágico tiene pretensión. Sigue siendo trágico, pero sin gravedad. Es una lástima, en el fondo, que a esas regiones desconcertantes siempre accedamos sólo exasperados.

Es extraño que A., él que... me había guiado en mis andanzas de ensueño.

En ese instante suspendido, en el que hasta la idea de la muerte de B. me resulta indiferente, no dudo, sin embargo, que si no la amase como la amo, no habría podido conocer mi estado.

Poco importa la razón, A. me ayudó mucho en el último año a plantearme lúcidamente esos problemas que las miserias de la reflexión imponen a la vida (imiserias, por llamarlo de algún

modo, cuando el sentido de lo rico y de lo pobre se da en la reflexión!). La lucidez vacía de A., el desprecio que él opone a todo lo que ella no es, me invadieron al igual que el viento invade una choza sin cristales en las ventanas. (Cierto, debo hacer esta reserva: A. se burlaría de esta comparación que deja ver en seguida lo poco seguro que es el desprecio).

La inanidad de A.: consiste en no desear nada (en no alcanzar nada más). La lucidez excluye el deseo (o puede que lo mate, no lo sé): lo que subsiste, lo domina, cuando yo...

¿Pero, por cierto, qué decir de mí? En este momento extremo, agotador, puedo imaginar que he dejado que se exaspere el deseo a fin de encontrar este último momento, en el que la más grande luz imaginable alumbraba lo que raramente ven los ojos del hombre, ila noche alumbrando la luz!

¡Qué cansado estoy! ¿Cómo he podido escribir esas frases ambiguas, cuando cada cosa se da de un modo simple? La noche es lo mismo que la luz..., pues no. Lo cierto es que, del estado en el que me encuentro, no se puede decir nada salvo que los dados están echados.

Es extraño: los elementos subsisten bajo un aspecto cómico: todavía los puedo discernir y los veo cómicos, pero precisamente, lo cómico va tan lejos que no se puede hablar de ello.

Se pone en total acuerdo lo que no puede en caso alguno ponerse de acuerdo: bajo este nuevo aspecto, la discordia es mayor de lo que lo fue nunca. El amor por B. me hace reír de su muerte y de su dolor (no me río de ninguna otra muerte) y la pureza de mi amor la desnuda hasta la mierda.

La idea de que el Padre A., hace poco, estaba muerto de frío, me ayudaba. Es difícil turbarle. Es una pena.

Dudo, evidentemente, de haber querido... He sufrido. Mi estado actual, de una lucidez aguda, es el efecto de una angustia exagerada que sé que volverá en seguida.

La lucidez de A. depende de una ausencia de deseo. La mía es consecuencia de un exceso — asimismo es, sin duda, la única verdadera. Si no es más que una negación del delirio, la lucidez no es lúcida del todo; es un poco el miedo de ir hasta el final — convertida en aburrimiento, es decir, en desprecio del objeto de un deseo excesivo. Razonamos y nos decimos: este objeto no tiene *en sí mismo* el valor que le da el deseo. No vemos que la simple lucidez, que asimismo alcanzamos, es todavía ciega. Hace falta que nos percatemos al mismo tiempo de la mentira y de la verdad del objeto. Sin duda, deberíamos saber que nos engañamos, que el objeto es lo primero que discierne un ser sin deseo, pero eso *es* también lo que un deseo discierne en él. B. *es* asimismo lo único que alcanza el extremo del delirio, y mi lucidez no existiría si mi delirio fuese menor. Al igual que ella no existiría si los demás rasgos, irrisorios, de B. se me escapasen.

El día se acaba, el fuego muere, y pronto tendré que dejar de escribir, obligado a guardar las manos por el frío. Con las cortinas apartadas, adivino a través de los cristales el silencio de la nieve. Bajo el cielo encapotado, ese silencio infinito me pesa y me espanta, al igual que pesa la presencia inaprensible de los cuerpos extendidos en la muerte.

Ese silencio empapado de la muerte, lo imagino ahora sólo

como una exaltación infinitamente dulce, sin embargo, inmensamente libre, completamente desorbitada y desarmada. Cuando M. yacía delante de mí en la muerte, hermosa y oblicua como el silencio de la nieve, borrosa como él, pero también loca como él, como el frío, del rigor exasperado, ya había conocido yo esa dulzura inmensa, que no es sino el extremo de la desgracia.

... ¡qué grande es el silencio de la muerte en el recuerdo del exceso, cuando el exceso mismo es la libertad de la muerte! ¡qué grande es el amor en el exceso! ¡el exceso es el amor!

... cuando pienso ahora —en este momento más alejado de un desfallecimiento, de un hastío físico y moral— en la cola rosa de una rata en la nieve, me parece como si entrara *en la intimidad* de «lo que es», un ligero malestar me crispa el corazón. Y, por cierto, lo sé por la intimidad de M., que está muerta, que era como la cola de una rata, *hermosa como la cola de una rata!* Ya sabía yo que la intimidad de las cosas es la muerte.

... y naturalmente, *la desnudez es la muerte* — ¡y tanto más «la muerte» cuanto más hermosa!

La angustia regresó lentamente, después de ese corto tiempo de inmensa dulzura...

Es tarde. A. no vuelve. Al menos debería haber telefonado, avisado al hotel.

La idea del dedo voluntariamente roto, por el loco...

Este retraso, el silencio, mi espera, abren la puerta al miedo. Desde hace horas es de noche. Con el tiempo, la sangre fría que tengo de costumbre, incluso en las malas horas de la angustia, me abandona. Como un amargo desafío, me viene el recuerdo de lo que me dijo un día una empleada (que me concedía favores): su patrón se vanagloriaba de haber almacenado, en julio de 1914, millares de velos de viudas.

La horrible espera del que no viene, la espera de la viuda, ya irremediablemente viuda, pero sin que lo pueda saber, y que vive de esperar. Cada instante de más que marca los latidos acelerados del corazón me dice que es una locura esperar (habíamos acordado que A. telefonaría si no volvía).

Ya no se trata de mi indiferencia por la muerte de B., sino de que tiemblo por haberla tenido.

Me pierdo en suposiciones, sin embargo, eso se hace evidente.

[*Segundo cuaderno*]

La esperanza de una avería del teléfono: me levanté, me cubrí con mi gabán, descendí por la escalera: impresión, en el fondo de los pasillos, de estar —por fin— más allá de los límites humanos, agotado, sin retorno imaginable. Temblaba literalmente. Ahora, al recordar cómo temblaba, me siento reducido, en este mundo, a ese temblor, como si toda mi vida no tuviese otro sentido que mi cobardía.

La cobardía del semibarbudo, errante, al borde del llanto, en los pasillos helados del hotel de la estación, sin poder distinguir las luces de la clínica (nada más real) de la oscuridad definitiva (la muerte), reducido en ese mundo a ese temblor.

El timbre del teléfono duró tanto tiempo que imaginé el castillo entero ya envuelto en la muerte; una voz femenina respondió por fin. Pregunté por A.

—No está aquí, dijo la voz.

—¿Cómo que no está?, grité. Insistí de modo inteligible.

— Ese señor estará tal vez en otra parte.

Protesté.

—En otra parte de la casa, dijo la voz, pero no está en el despacho.

Ella prosiguió con un tono inesperado, ni demasiado necio, ni malévolos:

—En el castillo ocurren cosas.

—Os lo ruego, señora —supliqué—, ese señor está allí seguramente. Si está todavía con vida, ¿le podría decir que le llaman?

Oí como respuesta una risa sofocada, pero esta voz amable asintió:

—Sí, señor. Voy a ver.

Oí cómo dejaba el aparato, y hasta el ruido de los pasos alejándose. Se cerró una puerta y luego ya nada.

En el colmo de la irritación, me pareció escuchar una llamada y algo como ruido de una vasija rota. La intolerable espera duraba. Después de un tiempo infinito, no me cabía duda de que habían colgado. Colgué y volví a pedir el número, pero me respondieron: «está ocupado». Al intentarlo por sexta vez, la telefonista dijo:

—No insista: no hay nadie en la línea.

—¿Cómo que no hay nadie?, grité.

—El aparato está descolgado, pero nadie habla. Nada que hacer. Deben de haberlo olvidado.

De hecho, era inútil insistir.

En la cabina me levanté y gemí:

—Esperar toda la noche...

No tenía la menor esperanza, pero estaba invadido por la idea de saber a cualquier precio.

Volví a mi habitación y me senté en una silla helada y destartalada.

Por fin me puse de pie. Estaba tan débil que me costó un esfuerzo increíble vestirme: lloré.

Tuve que detenerme en la escalera y apoyarme en la pared.

Nevaba. Me encontraba frente a los edificios de la estación, un cilindro de una fábrica de gas. Sofocado, azotado por el frío, caminaba por la nieve intacta; mi paso en la nieve y mi temblor (me castañeteaban los dientes) eran de una impotencia tan loca.

Encogido y temblando de frío, soplaba sobre mí el aire, diciendo «...ho...ho...ho...». ¿Estaba en el orden de las cosas persistir en mi empresa, perderme en la nieve? Este proyecto tenía sólo un sentido: lo que rechazaba de modo absoluto era esperar y lo había escogido. Resultó, mi suerte lo quiso, que aquel día había sólo una manera de evitar la espera.

—En realidad — me dije (no sé si estaba abrumado: las dificultades al fin me aliviaban), lo único que me queda es exceder mis fuerzas.

Pensaba:

—Precisamente porque excede mis fuerzas, y porque, además, no tiene salida alguna —el conserje, los perros...— no la puedo abandonar.

La nieve, perseguida por el viento, me azotaba el rostro, me cegaba. Mi maldición se elevaba en la noche frente a un silencio de fin del mundo.

Gemí como un loco en esa soledad:
—¡Mi desgracia es demasiado grande!
Mi voz gritaba en el vacío.

Escuchaba cómo mis zapatos crujían: la nieve iba borrando la huella de mis pasos, como si, claramente, ya no hubiese posibilidad de retorno.

Avanzaba en la noche: pensar que, detrás de mí, los puentes estaban cortados me tranquilizaba. ¡Eso ponía de acuerdo mi estado de ánimo con el rigor del frío! Un hombre, que acababa de salir de un café, desapareció en la nieve. Observé el interior iluminado, me dirigí hacia la puerta y la abrí.

Quitó la nieve de mi sombrero.

Me acerqué a la estufa: en ese momento, no me hizo ninguna gracia ver hasta qué punto amaba el calor de una estufa.

—Así — me dije, riéndome para mis adentros con una risa sofocada, no volveré: ¡no partiré!

Tres ferroviarios jugaban al billar japonés.

Pedí un ponche. La dueña echó orujo en un vaso pequeño, y luego lo vació en uno grande. Me dio una buena cantidad: ella se echó a reír. Quería azúcar y, para pedirlo, intenté una broma torpe. Ella rió a carcajadas y echó azúcar en el agua caliente.

Me sentí decaído. La broma me convertía en cómplice de esa gente que no esperaba nada. Bebí el ponche ardiente. En el abrigo tenía las pastillas contra la gripe. Me acordé de que tenían cafeína y tomé varias.

Me encontraba irreal, ligero.

Observando un juego en el que se enfrentaban filas de coloreados jugadores de fútbol.

El alcohol y la cafeína me excitaron: vivía.

Pregunté por la dirección de.... a la dueña.

Pagué y me fui.

Una vez fuera, tomé el camino hacia el castillo.

Había dejado de nevar, pero el aire estaba helado. Iba contra el viento.

Ahora daba el paso que mis antepasados no habían podido dar. Vivían al lado del pantano en el que la noche, la maldad del mundo, el frío, el hielo, el barro, mantenían su carácter áspero: avaricia, dureza por los sufrimientos excesivos. Mi súplica exasperada, mi espera, no estaban menos vinculadas que su rigor a la naturaleza de la noche, pero yo no estaba resignado: mi hipocresía no transformaba esa risible condición en una prueba querida por Dios. Yo mismo iba hasta el límite de mi pasión por interrogar. Este mundo me había dado —y quitado— LO QUE AMABA.

Lo que sufrí adentrándome en esa inmensidad que tenía delante de mí: ya no nevaba, el viento levantaba la nieve. En algunas partes la nieve llegaba hasta la media pierna. Tenía que subir una cuesta interminable. El viento helado llenaba el aire con una tensión tal, una rabia tal que me parecía que mis sienes iban a estallar, mis orejas a sangrar. Ninguna salida imaginable — excepto el castillo... con los perros de Edron... la muerte... Caminaba, en esas condiciones, con la energía del delirio.

Por supuesto, sufría, pero no ignoraba que, en cierto sentido, ese exceso de sufrimiento era voluntario. Nada tenía que ver con el sufrimiento que *sufre* —sin remedio— el prisionero

torturado, el deportado abatido por el hambre, los dedos que no son sino una llaga avivada por la sal. Estaba loco en el frío que rabiaba. Lo que en mí duerme de energía insensata tendía a romperse; me parece haberme reído, en el fondo, de mis tristes labios mordidos — reído, sin duda, de B. gritando. ¿Quién conocía mejor que yo los límites de B.?

Pero —¿me creerán?— los sufrimientos ingenuamente queridos, los límites de B., sólo hacían que mi dolor fuese más agudo; en mi sencillez, mis temblores me abrían a ese silencio que se extiende más allá del espacio concebible.

Estaba lejos, tan lejos del mundo de pensamientos serenos, mi desgracia tenía esa dulzura eléctrica del vacío que recuerda a las uñas dobladas.

Llegué al límite de agotamiento, las fuerzas me abandonaron. Hacía un frío de una crueldad imposible, la crueldad insensatamente tensa de un combate. Ya demasiado lejos para volver, ¿tardaría en caerme? Quedaría inerte y la nieve, levantada por el viento, me cubriría. Una vez caído, moriría pronto. A menos que llegase antes al castillo... (Ahora me reía de ellos, de la gente del castillo: harían de mí lo que quisieran...). Estaba, por fin, increíblemente débil, avanzaba cada vez más despacio, arrastrando los pies a duras penas en la nieve, en el estado de una bestia que babea, que lucha hasta el final, sin embargo reducida, en la oscuridad, a una muerte miserable.

Sólo quería saber —quizás tocar con mis dedos helados un cuerpo (mi mano, tan fría que ya se podría unir a la suya)—, el frío que cortaba mis labios era como la rabia de la muerte: el inhalarlo, el quererlo transfiguraba esos momentos penosos. Volví a encontrar en el aire que me rodeaba esa realidad eterna,

insensata, que había conocido sólo una vez, en la habitación de una muerta: *una especie de salto suspendido*.

En aquella habitación de la muerta, había un silencio de piedra que alejaba los límites de los sollozos, como si, no teniendo éstos fin, el mundo entero desgarrado dejara que penetrara por el desgarrón el terror infinito. Un silencio tal está por encima del dolor. No es la respuesta a la pregunta de qué es el dolor: el silencio, evidentemente, no es nada, escatima incluso las respuestas concebibles y mantiene toda posibilidad suspendida en la ausencia completa de reposo.

¡Qué *dulce* es el terror!

Es inimaginable, en el fondo, el poco sufrimiento y la naturaleza a flor de piel del dolor, la poca realidad, la consistencia del sueño de lo horrible. Sin embargo, estaba *en el aliento de la muerte*.

Qué sabemos del hecho de que vivimos si la muerte del ser querido no nos hace entrar en el horror (el vacío) hasta el punto de no poder soportar que ella entre: pero entonces sabemos qué puerta abre la llave.

¡Cómo ha cambiado el mundo! ¡De qué modo más hermoso había estado bañado con un aura de luz lunar! En el seno mismo de la muerte, M. exhalaba *en su dulzura* una santidad que se me agarró a la garganta. El que antes de morir ella se desenfrenara, pero como una niña —de ese modo atrevido y desesperado que es, sin duda, el signo de la santidad (que carcome y consume el cuerpo)— lograba dar a su angustia un sentido de exceso — de salto más allá de los límites.

Lo que la muerte transfiguraba, mi dolor lo alcanzó como un grito.

Me desgarraba, y la frente helada —de una especie de hielo interior y doloroso— y las estrellas que se revelaban en el cenit entre las nubes consiguieron hacerme daño: estaba desnudo, desarmado en el frío; mi cabeza estallaba en el frío. Ya no importaba si caía, si sufría todavía más, si moría. Por fin vi la masa sombría, *sin luz*, del castillo. La noche se abalanzó sobre mí como el ave sobre su pobre presa, el frío alcanzó de repente el corazón: ya no alcanzaría el castillo... que la muerte habitaba; pero la muerte...

III

¿Esos cuervos sobre las nieves, al sol, que veo desde mi cama, cuya llamada oigo desde mi habitación, serían aquéllos? ¿... los mismos que respondieron al grito de B. cuando su padre...?

¡Cuánto me asombré al despertarme en esa habitación soleada, con el dulce calor de la estufa! Los repliegues, las tensiones, las fracturas del dolor, persistentes como de costumbre, me unían todavía a la angustia, que ya nada a mi alrededor justificaba. Me aferraba a ella, víctima de una mala jugada: «no te olvides, me decía, de tu situación miserable». Me levanté a duras penas, sufría, me temblaban las piernas. Me deslicé, apoyándome en la mesa; un frasco cayó, se hizo añicos. No hacía frío pero yo temblaba, extravagantemente vestido con una camisa demasiado corta, cuyo faldón delantero me llegaba hasta el ombligo.

B. entró como una ráfaga de viento y gritó:
—¡Loco! ¡A la cama, rápido! Bueno, no..., — dijo balbuceando, gritando.
Como un bebé que llora pero que, de repente, atacado por

las ganas de reír quiere sufrir todavía, pero ya no lo consigue..., tiré del faldón de la pequeña camisa, temblando de fiebre y riéndome a pesar mío, no pude hacer que el faldón no subiese... B. se precipitó hecha una furia; sin embargo, vi que, en esa furia, se reía...

Ella tuvo que (se lo pedí, no pudiendo esperar más) dejarme solo un momento (fue menos molesto para ella estar desconcertada en mi ausencia, ir, un momento, a medir el vacío de los pasillos). Pensé en los hábitos *cochinos* de los amantes, estaba al límite de mis fuerzas, pero alegre; el tiempo infinito que exigieron los pormenores de la operación me ponía nervioso, me divertía. Tuve que aplazar varios minutos mi avidez de *saber*. Abandonándome, olvidándome, como un muerto, inerte en su manta, la pregunta «¿qué ocurre?» tenía la alegría de una bofetada.

Me agarré a la última posibilidad de angustia.

B. me preguntó tímidamente «¿estás mejor?», le respondí «¿dónde estoy?», abandonándome a esa especie estereotipada del pánico que expresan los ojos al agrandarse.

—En casa, respondió.

—Sí, prosiguió confusa. En el castillo.

—¿Pero... tu padre?

—No te preocupes.

Tenía el aspecto de un niño pillado en falta.

—Está muerto, dijo al cabo de un momento.

Con la cabeza baja, dejó caer rápidamente las palabras...

(Eso explicaba la escena del teléfono. Supe de inmediato que

suplicando, llorando: «se lo ruego, señora», había hecho reír a una chiquilla de diez años.)

Sin lugar a duda, los ojos de B. huían.

—¿Está ahí...?, pregunté otra vez.

—Sí.

Deslizó una mirada a hurtadillas.

Nuestros ojos se encontraron: sonrió de soslayo.

—¿Cómo me encontraron?

B. parecía, desde luego, desamparada. Fue su desesperación la que dijo:

—Pregunté al Reverendo: «¿Por qué hay un bulto en la nieve?»

Con voz quebrada de enfermo, insistí:

—¿En qué lugar?

—En la carretera, a la entrada del camino del castillo.

—¿Tú me trajiste?

—El Padre y yo.

—¿Qué hacíais, el Padre y tú?

—No te pongas nervioso: deberías ahora dejarme hablar, y no interrumpirme más... Salimos de casa sobre las diez. Cenamos primero, A. y yo (mamá no quiso cenar). Hice lo que pude, pero difícilmente conseguimos salir. ¿Quién podía saber hasta qué punto habías perdido la cabeza?

Me puso la mano en la frente. Era la mano izquierda (en ese momento, me pareció que todo ocurría de refilón, ella tenía la mano derecha en la bufanda).

Prosiguió, pero su mano temblaba.

—Sólo íbamos un poco retrasados: si nos hubieras esperado...

Gemí débilmente:

—No sabía nada.

—La carta era bastante clara...

Me asombré: me enteré de que una carta entregada al médico debía haber llegado al hotel antes de las siete. En ella, A. me anunciaba la muerte del padre, diciéndome que volvería tarde y que B. le acompañaría.

Dije dulcemente a B.:

—Nadie llevó la carta al hotel (de hecho, el médico, al tener tanto frío, se emborrachó; olvidó la carta en el bolsillo).

B. puso mi mano en su mano izquierda, cruzando los dedos «del lado izquierdo» con los míos.

—Si no sabías nada, debías haber esperado. ¡Edron te habría dejado morir! ¡Ni siquiera llegaste hasta la casa!

Cuando B. me descubrió, hacía poco que había caído. Mi cuerpo entero estaba cubierto con una fina capa de nieve. ¡El frío me habría matado rápidamente, si, en contra de lo que cabía esperar, alguien, B., no hubiera venido!

B. sacó la mano derecha de la bufanda, la puso al lado de la izquierda y vi que, a pesar de la escayola, intentaba doblar sus manos.

—¿Te he hecho daño?, pregunté.

—Ya no lo sé...

Se calló, pero siguió sacudiendo con las manos su vestido. Continuó:

—¿Recuerdas que en el cruce en que te caíste, según se viene del castillo, se sale de un bosque de pequeños abetos por el que el camino sube serpeando? Se llega al puerto en el lugar más alto. En el momento en el que iba a percatarme del bulto, el viento me envolvió, no estaba suficientemente abrigada, tuve que contener mis gritos, incluso A. se puso a gemir. En ese momento, miré la casa, que se ve bien desde lo alto, pensé en el muerto y me acordé de que me había doblegado...

Se calló.

Se abismó dolorosamente en sus pensamientos.

Al cabo de mucho tiempo, con la cabeza baja, doblando las manos con un movimiento difícil, siguió — con la voz muy baja:

— ... como si el viento tuviera la misma hostilidad que él.

A pesar del abatimiento debido a los sufrimientos físicos, había querido ayudarla con todas mis fuerzas. Me di cuenta en ese momento de que el «bulto» y mi cuerpo inanimado —que no se distinguía en nada de un muerto— representaban en esa noche una crueldad mayor que la de su padre o la del frío... No soportaba ese terrible lenguaje — que el amor había encontrado...

Por fin, salimos de esa pesadumbre.

Ella sonrió:

—¿Te acuerdas de mi padre?

—... un hombre tan pequeño...

— ... tan cómico... Estaba enfurecido, todo temblaba ante él.

Rompía todo de un modo tan absurdo...

—¿Tiemblas por eso?

—Sí...

Se calló, pero no dejó de sonreír.

Me dijo al fin:

—Está ahí...

Indicó con los ojos la dirección.

—Difícil de decir a qué se parece... un sapo — que acaba de tragarse una mosca... ¡Qué feo es!

—¿Te gusta — todavía...?

—Me fascina.

Llamaron a la puerta.

El Padre A. atravesó rápidamente la habitación.

No tiene el paso humilde de la gente de iglesia. Su comportamiento me recuerda a las grandes aves rapaces enflaquecidas que había visto en el zoo de Anvers.

Se acercó a la cama y, sin una palabra, intercambió miradas con nosotros; B. no pudo contener una sonrisa cómplice.

—Todo se arregla al final, dijo A.

Estado de agotamiento. A. y B. junto a la cama, una especie de hacina en un campo, en el que el sol de la tarde detiene sus últimos rayos.

Sentimiento de sueño, de ensueño. Debía haber hablado, pero mi memoria infiel me privaba de lo que tenía que decir sin falta. Por dentro estaba tenso, pero lo había olvidado.

Sentimiento irremediable, penoso, ligado a los chasquidos del fuego.

B. repuso la leña y cerró la estufa de un portazo.

A. y B. en una silla y un sillón. Un muerto un poco más lejos en la casa.

A. de un perfil largo de pájaro, duro, inútil, «iglesia secularizada».

El médico me llamó para disculparse por haber olvidado la carta el día anterior; me diagnosticó una congestión pulmonar —benigna.

Por todas partes, el olvido...

Imaginaba a ese pequeño muerto de cráneo reluciente en la mejor habitación. Anochecía, afuera, el cielo claro, las nieves, el viento. Ahora, el tedio apacible, la suavidad de la habitación. Mi desamparo *por fin* sin límites, precisamente porque parece lo contrario. A., serio, le hablaba a B. de la calefacción eléctrica: «... el calor alcanza en pocos minutos 20 grados...», B. respondía: «... magnífico...», los rostros y las voces se perdían en la sombra.

Estaba solo, midiendo el alcance del mal: una tranquilidad interminable. ¡El exceso de anoche era en vano! La extrema lucidez, la obstinación, la felicidad (el azar) me habían guiado: *estaba en el corazón del castillo*, habitaba la casa del muerto y había franqueado los límites.

Mis pensamientos se perdían en todos los sentidos. Fui un necio por haber dado a las cosas un valor que no tenían. Este castillo inaccesible —que habitaban la demencia o la muerte— era un lugar como cualquier otro. *Anoche me pareció haber sido plenamente consciente de mi juego*: eso era comedia, la mentira misma.

Discernía el contorno de los demás. Dejaron de hablar, la noche les había borrado. A pesar de todo, era una oportunidad habitar enfermo la casa del muerto: mi falso malestar, mi alegría punzante, de una autenticidad dudosa...

Al menos el calvo no estaba con vida, muerto *auténticamente*, pero ¿qué quería decir *auténtico*?

Según la idea que da de sí mismo, sopeso mal la miseria de A. Imagino un pensamiento sosegado, insertando en el universo su nitidez tediosa. Mediante esos lentos trabajos de la acción y de la reflexión que se suceden, mediante ese juego de auda-

cias que no son, en el fondo, sino las prudencias lúcidas, ¿qué es lo que puede conseguir?

Sus vicios no tendrían sino un fin: dar una importancia *material* a su posición.

¡El impostor!, me dije al acabar mi reflexión.

(Yo estaba tranquilo y enfermo.)

¿Ignoraría él realmente que su tentativa era igual de descarada como un dado?

Ninguno de nosotros es más que un *dado*, sacando del azar, desde el fondo de un abismo, una burla nueva.

Esta parte de la verdad que seguramente sacamos de los juegos de la inteligencia...

¿Cómo negar la profundidad, la extensión de la inteligencia?

Y sin embargo.

La cima de la inteligencia es a la vez el desfallecimiento.

Se desvanece: lo que define a la inteligencia del hombre es que se le escapa. Percibida desde fuera, no es sino debilidad: A. no es más que un hombre embriagado de su posible profundidad, y eso es lo que nadie resistiría si la profundidad más grande no nos diera —sobre los demás— una superioridad (manifiesta o disimulada). La inteligencia mayor es, en el fondo, la más engañada: pensar que se aprehende la verdad cuando no se hace sino huir, y en vano, de la evidente necesidad de *todos*. Y nadie tiene verdaderamente lo que cada uno piensa: algo de más. Creencia pueril de los más rigurosos en su talismán.

Lo que antes de mí nadie consiguió, no lo puedo conseguir, mas esforzándome en ello, no hice sino mimar el error de los demás: arrastraba conmigo el peso de los demás. O mejor aún,

creyéndome, *a mí mismo*, el único que no había sucumbido, era igual que ellos, ligado a los mismos vínculos, en la misma prisión.

Sucumbo: A. y yo, junto a B., en un castillo místico...

¡La última impostura en el banquete de la inteligencia!

Incluso el calvo, al lado, en la muerte, ¿no es de una rigidez fingida?

Su imagen obsesiona a B. (un cadáver nos separa).

¡Muerto del museo Grévin!

¡Celos del muerto! ¿Quizás de la muerte?

La idea me vino de repente, clara, irremediable: el incesto unía al muerto con B.

Me quedé dormido y me desperté mucho tiempo después.
Estaba solo.
No podía satisfacer una necesidad, y llamé al timbre.
Esperé. Habían dejado sólo una luz tenue y, cuando él abrió la puerta, no reconocí de inmediato a Edron. Se plantó delante de mí. Sus ojos de fiera me miraban fijamente. Le miré del mismo modo. La habitación era vasta; se acercó lentamente a la cama. (Pero una chaqueta blanca resulta tranquilizadora).
Le dije simplemente:
—Soy yo.
No respondió.
El encontrarme acostado, *ese día*, en la habitación de B., superaba su facultad de comprensión.
No dijo una sola palabra. A pesar de su chaqueta, parecía un guardabosques; y mi actitud desafiante no era la de un señor. Un hombre pobre, enfermo, que se introdujo a hurtadillas, merodeando en las barbas de un muerto, parecía más bien un cazador furtivo.
Me acuerdo del tiempo que pasó delante de mí, paralizado

en una actitud indecisa (él, el dueño de sí mismo, pareció acorralado, no sabía qué decir, ni cómo marcharse ...)

No pude sino reírme para mis adentros, y tuve que calmar dolorosamente esa risa: me ahogaba.

¡Tanto más cuanto que en ese momento, el malestar por el que hubiera gritado me dio, súbitamente, un relámpago de lucidez!

B. me hablaba a menudo de Edron, de su padre, dejando que se entrevistara la amistad contra natura de esos dos hombres. La luz acababa de hacerse en mí... El trasfondo de la angustia de la que se desprendían las frágiles audacias de B., su hilaridad anoadada, sus excesos, en sentidos contrarios, de licencia y de sumisión — en el mismo momento, encontré la clave: B., la joven (la pequeña), víctima de los dos monstruos (¡ahora estoy seguro de eso!).

En esas circunstancias y debido a la gran calma en la que me encontraba, sentí cómo los límites de la angustia retrocedían. A., sin decir una palabra, estaba en el marco de la puerta (no le había oído llegar): «¿qué he hecho, pensaba, para ser arrojado así de todas las formas en lo imposible?» Mis ojos iban del guardia al eclesiástico: imaginaba el Dios que este último negaba. En la calma en que me encontraba, un gemido interior, del fondo de mi soledad, me quebrantaba. Estaba *solo*, era un gemido que nadie escuchaba, que oído alguno jamás escucharía.

¿Qué fuerza inimaginable habría tenido mi queja si hubiera un Dios?

«Sin embargo, piénsalo bien. Nada puede escapársete a partir de ahora. Si no hay Dios, esa queja desgarrada en tu soledad

es el límite extremo de lo posible: en ese sentido, ¡no hay un elemento del universo que no le esté sometido! Ella no está sometida a nada, domina todo, pero, no está menos hecha, por eso, de una conciencia de impotencia infinita: *¡del sentimiento de lo imposible precisamente!*»

Alzado por una especie de alegría.

Miré fijamente al viejo en los ojos, intuyendo que en sí mismo vacilaba.

Me di cuenta de que el Padre, detenido en el umbral, se divertía...

Inmóvil (yo le hacía reír, sus ideas astutas no excluían para nada la amistad, se perdían en la indiferencia), A. no se quedó así más que unos instantes.

(Me toma amablemente por un chiflado.

Por otra parte, le divierten mis «comedias».

Yo no dudaba de la baladronada de la angustia...)

En ese momento suspendido —estaba en mi cama vestido delante del guarda, mi vida se me escapaba en mi impotencia— pensaba: «hice trampas, ayer, en la nieve, no di el salto que creí». Esa lucidez ligada a la presencia de A. no cambiaba nada mi estado: Edron permanecía delante de mí y, de él, no podía reírme.

Primero había pensado en el machete que tenía seguramente bajo la chaqueta (luego supe que lo tenía y que también él pensaba en ello, pero estaba paralizado). Al escuchar el timbre, al verle pasar, A. tenía miedo..., pero se equivocaba: fue el guardabosques el que cedió.

Experimenté, incluso frente a él, en el horror en que me encontraba, un ligero sentimiento de triunfo. Sentía lo mismo ante A. (mi lucidez alcanzó, enseguida, el grado de la exaltación). Colmado por el miedo, mi alegría no tenía límites.

Ya no me importa que mi estado, en la ausencia eterna de Dios, exceda el universo mismo...

La dulzura de la muerte irradiaba de mí, tuve la certeza de una fidelidad. Muy por encima de Edron y de A., el desamparo de B. se unía al salto que M. había dado en la muerte. La alegría, la frivolidad de B. (mas, no lo dudaba, ella estaba en ese instante en la habitación del muerto *retorciéndose las manos*), no era sino un acceso más a la desnudez: al SECRETO que el cuerpo abandona con la ropa.

Hasta entonces nunca había tenido esa clara conciencia de mi comedia: toda mi vida consagrada al espectáculo y la curiosidad que había tenido por llegar al punto en el que estaba, en el que la comedia es tan plena y tan verdadera que dice:

—Soy la comedia.

Veía tan lejos en mi rabia por ver.

El rostro colérico y deshecho del mundo.

El hermoso, el risible rostro del guarda..., aparté con alegría su ignominia en un decorado inaccesible...

De repente, comprendí que se iría, y que, al cabo del tiempo requerido, volvería, con la bandeja del té.

Por fin, conseguí atar por todos los lados esos lazos que vinculan una cosa a la otra: de modo que cada cosa está muerta (*desnudada*).

... este SECRETO — que el cuerpo abandona...

B. no lloraba pero torcía las manos *torpemente*.

... la oscuridad de un garaje, un olor viril, un olor de muerto...

... por fin, el cuerpo inerte del calvo...

Con la ingenuidad de un niño, me digo: mi angustia es grande, estoy desconcertado (pero tenía *en mis manos* la dulzura de su desnudez: *sus* manos *torpes* retorciéndose no eran sino la ropa alzada, dejando ver... Ya no había diferencia entre los dos, y esa dolorosa torpeza enlazaba la desnudez acosada de la joven con la desnudez riente ante A.).

(La desnudez no es sino la muerte, y los besos más tiernos tienen en el fondo un regusto a rata)

SEGUNDA PARTE

DIANUS

*(Notas sacadas de los cuadernos de
Monsignor Alpha)*

... y el mundo se abrió para él. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando.

... y el mundo se abrió para él. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando.

El pájaro

... y el mundo se abrió para él. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando.

... y el mundo se abrió para él. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando. Él era un niño que había nacido en un mundo que estaba cambiando.

... no hay una línea en la que, como el rocío al sol, no haya la dulzura de la angustia.

... más bien debería...
... pero quiero borrar la huella de mis pasos...

... la atención insensata, similar al miedo que sería la ebriedad, a la ebriedad que sería el miedo...

Me entristezco, y una especie de hostilidad me retiene en la oscuridad de la habitación — *y en ese silencio de muerte.*

Ya es tiempo de responder al enigma que ha entrado como un ladrón en la casa. (Más me valdría, por mi parte, responder dejando de vivir, en lugar de ponerme nervioso como una chiquilla.)

Ahora, el agua del lago es negra, el bosque bajo la tormenta es igual de mortuorio que la casa. Por más que me digo: «¡Un muerto en la habitación contigua!...» y sonrío ante la idea de una carola, tengo los nervios de punta.

E. se fue hace poco, sin rumbo, en la noche: como no estaba en condiciones de cerrar la puerta, el viento la cerró de un portazo.

Quise disponer de mí mismo sin límites. Imaginaba toda mi libertad: y ahora tengo el corazón en un puño. Mi vida no tiene

salida: este mundo me colma de malestar. Mendiga de mí que rechine los dientes. — «¡Imagina que E., después de haberte traicionado (cuando tú no la querías sino físicamente) se mata ahora por el amor a un muerto, a D.!»

E. se consume de amor por un hombre que la despreciaba. A sus ojos, ella no era sino una compañera de orgía. Ya no sé si estoy para reírme de su necedad — o para llorar de la mía.

No pudiendo pensar sino en ella, y en el muerto, no puedo más —que esperar.

El amargo consuelo: ¡que a una vida de libertinaje, E. prefiera la angustia, vagando al borde de un lago! No sé si se matará...

Estos días, al pensar en mi hermano muerto, aun con el afecto que tengo por él, imaginaba que me costaría contener la risa. Sin embargo, ahora la muerte está ahí.

Es extraño estar en este punto, en lo más profundo de sí, de acuerdo con la negativa dada a lo que se quiere y a lo que no se deja de querer.

¿O quizás? Me agrada que D. esté muerto... me gustaría que E., deambulando por la noche junto al lago, no vacilase en caer... La idea me revuelve en el momento... : al igual que la revolvería el agua que la ahogara.

¡Mi hermano y yo hemos querido hasta su muerte vivir una fiesta interminable! ¡Un año largo de gozo! Había en ello algo desconcertante: D. seguía propenso a la depresión, a la vergüenza: siempre tenía un humor cómico, ligado, creo, al «interés infinito» por lo que excede, no sólo el ser limitado, sino los

excesos mismos mediante los que queremos franquear esos límites. Y yo mismo, ahora, permanezco tendido, en el estado de pez sobre la arena en la que él me ha dejado.

¡Ceder a la superstición, al borde del insomnio, del cansancio! Naturalmente, es raro (más bien angustioso) que, cortada por la tormenta, no haya luz en ese velatorio.

El estruendo del trueno no deja de responder al sentimiento nauseabundo de la posibilidad perdida. La luz tenue de un cirio de la iglesia alumbraba una fotografía de E. disfrazada, semidesnuda, vestida para el baile... ya no lo sé, estoy ahí, sin nada, vacío como un viejo.

«El cielo se extiende inmenso y oscuro por encima de ti, y la malvada claridad de la luna a través de una nube que caza el viento no hace sino ennegrecer la negrura de la tormenta. No hay nada sobre la tierra, ni en el cielo, ni en ti, ni fuera de ti que no concurra a tu abatimiento.»

—«Hete aquí a punto de caer, isacerdote impío!» Y me echo a reír burlonamente en la ventana, en voz alta, de esa imprecación estúpida.

¡Tan *penosamente* cómico!

Después de todo, el instante de la derrota, en el que no se sabe si se va a reír o a llorar, si no fuera por el cansancio, por la sensación de la boca y de los ojos enmohecidos, de los nervios lentamente desgastados, tiene el mayor poder de salto. Me gustaría, dentro de poco (en el momento en el que la imprevisible luz de un relámpago revelara la amplitud del lago y del cielo) dirigirme a Dios, con una nariz postiza, desde la ventana.

Sentimiento —de una dulzura infinita— de *vivir*, E., el muerto y yo, una posibilidad inasible: la necedad algo estudiada y majestuosa de la muerte, un no sé qué de absurdo, de malicioso del muerto sobre una cama —como el pájaro sobre la rama— nada hay que no esté suspendido, un silencio m^oágico..., mi complicidad con D., toda una malicia de niños, la fealdad macabra del sepulturero (que no es tuerto por azar); E. vagando a lo largo del lago (en ella hay oscuridad, extiende las manos para no tropezar con los árboles)...

... hace unos instantes, yo mismo me encontraba en el estado de vacío e inagotable horror en el que ella, sin duda, se encuentra: Edipo errante con los ojos arrancados... y las manos tendidas...

... una imagen, en el momento preciso, como un trozo que se detiene en la garganta: E., desnuda, justo con la nariz postiza y los bigotes con los que yo soñaba... cantaba al piano ese tierno romance, que estalló de improviso en discordia con un violento:

... *¡Ah!, métete pues tu... en el...*

... ebria y desbordada por haber cantado con una violencia vulgar: una sonrisa insensata atestiguaba ese desbordamiento. En el punto en que se tiembla de excitación. Ya estábamos unidos por un ligero jadeo...

En ese grado de exasperación, el amor tiene el rigor de la muerte. E. tenía la simplicidad, la elegancia y la ávida timidez de una bestia...

Pero cómo —la luz eléctrica había vuelto bruscamente— no experimentar hasta la vacilación el vacío del insomnio, al ver escrita esa palabra *macabra*: «tenía»...

Su imagen, vestida de esclava en carnaval... y esa poca ropa... bajo la luz cruda.

Jamás dudé que una aurora se elevaría en mí en el momento en que lo insostenible estuviera ahí. Y nunca, ni siquiera ahora, me abandonó la esperanza de estrechar con mi mano la mano de piedra del comendador.

¡Qué teatral era, en la oscuridad que había vuelto, ir a ver con el cirio en la mano al muerto yacente entre las flores, el olor de la celinda mezclado con el de la lejía de la muerte!

Mi tranquila resolución, mi simple sangre fría que responde a una apariencia de ironía sin medida (el lado indefinible y encogido del rostro de los muertos), ¡qué duro es ligar a un sentimiento de fidelidad el de los celos y la envidia! Pero, precisamente, lo que me ayuda a soportar lo insostenible es esa dulzura completamente negra que me invade...

Cuando, acordándome de la depresión que, después de su ruptura con B., le hizo decidir venir a vivir hasta el fin de su vida en ..., sentí una sensación de sofoco que me dio como un gozo.

... toda la vida hecha de la dulzura negra que me unió a D. en el ambiente del alba y de la aurora de una ejecución... : lo que no es ni dulce ni negro no nos atañe. El único elemento de irritación, en el límite (aunque, despacio, conseguí dominarme) de un acceso de despecho impotente, es éste: que D. jamás alcanzó ese grado de amistad rencorosa, en el que el acuerdo nace de la certidumbre de ser condenables.

E. ya no volverá, han dado las seis... La muerte es por sí sola bastante hermosa. Bastante loca. ¿Y cómo podríamos soportar ese silencio sin morir? Puede que nadie haya llegado nunca a mi soledad: ¡la soporto a condición de escribir! Pero, dado que E., a su vez, quiso morir, no hubiera podido hacer nada evidentemente que respondiera a la necesidad que mi humor traduce.

D. me dijo, riendo, un día, que tenía dos obsesiones (que le ponían enfermo). La primera: que nunca podría bendecir nada (los sentimientos de gratitud que había expresado alguna vez, luego habían resultado falsos). La segunda: que al haberse disipado la sombra de Dios y al faltar la inmensidad tutelar, necesitaba vivir una inmensidad que no limitase ni protegiese. Pero ese elemento que una búsqueda febril no había podido alcanzar —una especie de impotencia le hacía temblar— lo experimento yo en la calma de la desgracia (para eso hizo falta su muerte... y la de E.... : mi soledad irremediable). Lo que un hombre sintió antaño como glacial, pero dulce a la vez, al entender que una mano pegada al cristal era la del diablo, lo experimento ahora dejándome invadir, y embriagar, por una dulzura inconfesable.

(... ¿habría yo tenido, o no, ánimo de reír?...)

Me arrastré, literalmente, hasta la ventana titubeando como un enfermo: la triste luz del alba y el cielo encapotado sobre el lago responden a mi estado.

Todo lo que una voz férrea y unas señales confieren de mezquino a lo que se sitúa, a pesar de todo, en su terreno... : mi risa

loca, aislada, está perdida en un mundo de estaciones, de mecánicos, de obreros que se levantan al alba.

Tantos hombres y mujeres que he conocido a lo largo de mi vida no han dejado desde entonces ni por *un momento* de vivir, de pensar algo, luego otra cosa, de levantarse, de lavarse, etc., o de dormir. A menos que un accidente o alguna enfermedad les haya retirado del mundo, en el que no habrán dejado más que un despojo insostenible.

Casi todos acaban encontrándose, más tarde o más temprano, en la situación que me encierra ahora; no existe una sola pregunta que me plantee que la vida y la imposibilidad de la vida no se las hayan planteado. Pero el sol ciega, y aunque la luz cegadora sea familiar a todos los ojos, nadie se pierde en ella.

No sé si voy a caer, si tendré la fuerza necesaria en la mano para terminar la frase, pero la voluntad implacable prevalece: el desperdicio que soy en esta mesa, por haber perdido todo, por lo que el silencio de la eternidad reina en la casa, está ahí como un trozo de luz, que quizás caiga en ruinas, pero resplandece.

Cuando a la iluminación *negra* en que me había arrojado la certeza de la muerte de E. le sucedió el sentimiento de mi bobada, de mi malestar, debo decirlo ahora, fue miserable. Cuando la grava de la alameda crujía bajo los pasos de E., me aparté de la ventana y me escondí para verla: era la imagen del cansancio. Pasó cerca de mí, despacio, con los brazos colgados, cabizbaja. Llovía suavemente en la triste luz de la mañana. Después de esa noche interminable, ¿me encontraba yo, menos que ella, al límite de las cosas? Me pareció que se reía de mí: caído desde lo alto, me sentía ridículo y mi situación mezclaba lo odioso con un silencio de muerte.

Sin embargo, si en algún momento un ser humano puede decir: «¡Aquí estoy! Lo he olvidado todo, hasta ahora eso no ha sido sino fantasmagoría y mentira, pero el ruido ha muerto, y en el silencio de las lágrimas, escucho...», ¿cómo no ver que esto supone ese extraño sentimiento de *estar vejado*?

Me distingo de D. por esta pasión de *poder* que me amansa de repente como a un gato. Él lloraba y yo disimulo. Pero, si D. y su muerte no me humillasen, si yo no experimentara a D. en

el fondo de mí, *en la muerte*, como una fascinación y una veja-
ción, no podría entregarme a mis movimientos de pasión. En
esa transparencia humillada, hecha de la conciencia desgarrada
y embelesada, a la vez, por mi necesidad, y por medio de ella
y de una emanación de muerte, me podría finalmente armar
con un látigo.

Pero eso no calma los nervios...

Mi miseria es la del devoto que no puede responder al capricho imprevisible del dios. Entré en la casa de E. teniendo en el fondo de la mente la idea del látigo, pero salí con el rabo entre las piernas... y peor.

Breve escapada de la locura...

E., con los ojos despavoridos y los dientes nerviosos por una imprecación monótona, murmurando esa injuria y nada más: «cabrón...», en su ausencia, desgarrando lentamente su vestido, como si hubiera perdido el uso sensato de sus manos.

Oigo palpar mis sienes, y la suavidad de la habitación de mi hermano, invadida por los efluvios de flores, no deja de subírseme a la cabeza. Incluso en sus momentos de «divinidad», D. no alcanzó jamás ni comunicó esa transparencia que embalsama el ambiente.

Lo que la vida no irradia, este pobre silencio de la risa, oculto en la intimidad del ser, la muerte puede tener —aunque raramente— el poder de ponerlo al desnudo.

El que sin duda es el fondo de los mundos: una ingenuidad aterradora, el abandono sin límites, una exuberancia ebria, un violento «¡no importa!...

... incluso la infinidad moderada del cristiano definido por una posición desgraciada de los límites, un poder y una necesidad de quebrarlos todos.

El único medio de definir el mundo era reducirlo primero a nuestra medida, luego, *riéndose*, descubrir que él precisamente sobrepasa nuestra medida: el cristianismo revela finalmente lo que es verdadero, del mismo modo que un dique, en el momento del derrumbamiento, revela una fuerza.

¿Cómo no estar tentado, cogido en el vértigo, a sentir en mí un movimiento incontrolable, de cabrearme, de maldecir, de querer a toda costa limitar lo que no puede recibir límites? ¿Cómo no hundirme, diciéndome que todo en mí exige la detención de ese movimiento que me mata? Y dado que ese movimiento no es extraño ni a la muerte de D. ni a la desgracia de E., ¿cómo no reconocer por fin que: «yo no puedo soportar *lo que soy*»? Ese temblor de una mano que, hace poco, quise armar con un látigo, ¿no es ya un gemido ante la cruz?

Pero, si la suerte cambiara, ¿ese momento de duda y de angustia duplicaría mi voluptuosidad!

¿No es esto la clave de la condición humana, al haber puesto el cristianismo los límites necesarios a la vida, en la medida en que el miedo los colocó demasiado cerca, que se halle en el origen del erotismo angustiado — de todo el infinito erótico?

Ni siquiera puedo dudar de que, sin la inconfesable intrusión en la casa de E., no hubiera sido *cautivado* al lado del muerto: la habitación, con las flores, era como una iglesia, y lo que me atravesó con el largo cuchillo del éxtasis no era la luz eterna, sino la risa intolerable, y vacía, de mi hermano.

Momento de complicidad y de intimidad, las manos entre las manos de la muerte. Momento de liviandad al borde del abismo. Momento sin esperanza y sin apertura.

Sé que sólo tengo que dejar que la trampa se deslice insensiblemente: un ligero cambio, impongo a lo que me ha helado la detención eterna: tiemblo ante Dios. ¡Llevo al infinito el deseo de temblar!

Si la razón (el límite) humana es sobrepasada por el objeto mismo al que se ha puesto el límite, si la razón de E. sucumbe, no puedo sino reconocer el exceso que me destruirá a mi vez. Pero el exceso *que me abrasa* es en mí el concierto del amor, y no tiemblo ante Dios, sino de amor.

En el silencio inhumano del bosque, bajo la luz plomiza y opresiva de las grandes nubes negras, ¿por qué iba yo angustiado, como la imagen irrisoria del Crimen perseguido por la Justicia y la Venganza? ¡Pero, lo que acabé por encontrar, bajo un rayo de un sol mágico y en la soledad florida de las ruinas, fue el vuelo y los gritos arrebatadores de un pájaro — minúsculo, burlón y adornado con el plumaje abigarrado de un pájaro de las islas! Y volví conteniendo el aliento, bañado en un halo de luz imposible, como si lo inasible asido me dejase en equilibrio sobre un solo pie.

Como si D. fuera un silencio de sueño que una ausencia eterna manifestara.

Volví a hurtadillas, encantado. Me parecía que esta casa, que la víspera había hurtado a mi hermano, podía ser derribada de un soplo. Ella se hurtaría como D., dejando detrás de sí un vacío, pero más embriagador que cualquier otra cosa en el mundo.

Entré luego, una vez más, en la habitación de mi hermano.

El muerto, la casa y yo mismo, suspendidos fuera del mundo, en una parte vacía del espacio en la que el olor diáfano de la muerte embriaga los sentidos, los desgarrar y los lleva a la angustia.

Si regresara mañana a un mundo de palabras fáciles —sonoras— debería disimular, como tendría que hacer un espectro; pero éste querría pasar por un hombre.

Me había acercado, de puntillas, a la puerta de E.: no oí nada. Salí y me fui a la terraza, desde la que se podía ver el interior de la habitación. La ventana estaba entreabierta y pude verla tendida, inmóvil, sobre la alfombra, con su largo cuerpo vestido de manera indecente con un corsé de encaje negro.

Los brazos, las piernas y la melena irradiaban en todas direcciones, desenrollados en el abandono como los tentáculos de un pulpo; esta irradiación no tenía como centro un rostro vuelto hacia el suelo, sino el otro rostro, profundamente hendido, cuyos bajos acusaban la desnudez.

La lenta corriente del placer es en un punto la misma que la de la angustia; la del éxtasis es semejante a ambas. Si quise pegar a E., no fue a causa de un deseo voluptuoso: nunca, sin estar yo mismo abatido, he deseado pegar, pienso que sólo la impotencia es cruel. Pero, en el estado de embriaguez en que me mantenía la intimidad de la muerte, no podía sino sentir una molesta analogía entre el *encanto* de la muerte y el de la desnudez. Del cuerpo inanimado de D. se desprendía un sentimiento turbio de inmensidad y puede ser que, debido a esta inmovilidad lunar, lo mismo ocurría con el de E. sobre la alfombra.

Inclinado sobre la balaustrada de la terraza, vi moverse una de

las piernas: podía decirme que sólo muerto un cuerpo habría podido tener ese ligero reflejo. Pero su muerte, en aquel momento, no habría añadido *a lo que era* sino una diferencia imperceptible. Descendí las escaleras *embriagado de horror*, no por una razón precisa, sino que bajo los árboles, sobre el follaje todavía repugnante de la lluvia, fue como si el mundo ininteligible me comunicase su secreto húmedo de muerte.

¿Por qué ese gemido —ese sollozo que subía sin resolverse en lágrimas— y esta sensación de podredumbre infinita son menos *deseables* que los momentos felices? Esos momentos comparados con los de horror... (me represento absurdas delicias, una tarta de albaricoques aún templada, un matorral de espino blanco al sol, zumbando con el insensato rumor de las abejas).

Pero, no me cabe la menor duda de que, en mi ausencia, E. se vistió con esa ropa interior asombrosa (aderezos de fiesta) para ir a la habitación del muerto. Al hablarme de su vida con mi hermano, me había dicho que a éste le gustaba verla vestida de ese modo.

Con sólo pensar que entró en la habitación del muerto, se me encoge, literalmente, el corazón...

En cuanto a ella, debió de deshacerse en sollozos: la imagen entrevista no es la de la muerte, ni la de una lascivia insostenible — es la del desamparo de un niño.

La necesidad de malentendidos, de desprecios, de chirridos de los tenedores sobre el cristal, todo lo que anuncia la desesperación de un niño, anunciaba, como un profeta, el advenimiento de la desgracia...

Volviendo a pasar frente a la puerta de E., no tuve ganas de llamar: no se oía nada. No tengo esperanza alguna, y la aprehensión de lo irremediable me carcome. Ni siquiera puedo desear sosegadamente que E., avenida a razones, reemprenda la vida.



El imperio

El imperio es un sistema de gobierno que se caracteriza por la existencia de un poder centralizado que ejerce su autoridad sobre un territorio extenso y diverso. Este poder centralizado puede ser ejercido por un solo individuo, un grupo de individuos o una institución. El imperio se diferencia del reino o del estado en que su territorio abarca una gran variedad de culturas, lenguas y costumbres. El imperio es un sistema de gobierno que se caracteriza por la existencia de un poder centralizado que ejerce su autoridad sobre un territorio extenso y diverso. Este poder centralizado puede ser ejercido por un solo individuo, un grupo de individuos o una institución. El imperio se diferencia del reino o del estado en que su territorio abarca una gran variedad de culturas, lenguas y costumbres.

El imperio es un sistema de gobierno que se caracteriza por la existencia de un poder centralizado que ejerce su autoridad sobre un territorio extenso y diverso. Este poder centralizado puede ser ejercido por un solo individuo, un grupo de individuos o una institución. El imperio se diferencia del reino o del estado en que su territorio abarca una gran variedad de culturas, lenguas y costumbres. El imperio es un sistema de gobierno que se caracteriza por la existencia de un poder centralizado que ejerce su autoridad sobre un territorio extenso y diverso. Este poder centralizado puede ser ejercido por un solo individuo, un grupo de individuos o una institución. El imperio se diferencia del reino o del estado en que su territorio abarca una gran variedad de culturas, lenguas y costumbres.

El imperio es un sistema de gobierno que se caracteriza por la existencia de un poder centralizado que ejerce su autoridad sobre un territorio extenso y diverso. Este poder centralizado puede ser ejercido por un solo individuo, un grupo de individuos o una institución. El imperio se diferencia del reino o del estado en que su territorio abarca una gran variedad de culturas, lenguas y costumbres. El imperio es un sistema de gobierno que se caracteriza por la existencia de un poder centralizado que ejerce su autoridad sobre un territorio extenso y diverso. Este poder centralizado puede ser ejercido por un solo individuo, un grupo de individuos o una institución. El imperio se diferencia del reino o del estado en que su territorio abarca una gran variedad de culturas, lenguas y costumbres.

¿Me dejaré caer?

A la larga, escribir me embarulla.

Estoy tan cansado que sueño con una disolución completa.

Cualquier sentido que tome, lo agoto... o caigo al final en el sinsentido.

El fragmento de hueso inesperado: ¡yo masticaba con fuerza!

Pero ¿cómo permanecer disuelto en el sinsentido? No puede ser. Un sinsentido, sin más, desemboca en un sentido cualquiera...
... dejando en el fondo un regusto de ceniza, de demencia.

Me miro en el espejo: las ojeras, el aire apagado de una colilla.

Me gustaría dormirme. Pero al ver, hace nada, la ventana de E. cerrada, se me encogió el corazón, y no pudiendo soportarlo, sigo despierto, tendido sobre la cama en donde escribo. (De hecho, lo que me carcome es no poder aceptar nada. Cuando la vi en el suelo, a través de la ventana abierta, tenía miedo de que hubiese tomado algún veneno. Ya no dudo de que vive, porque la ventana está cerrada, pero no la puedo soportar ni viva ni muerta. No consiento que se me escape, al amparo de las ventanas o de las puertas cerradas.)

No me encierro en la idea de la desgracia. Imagino la libertad de una nube que llena el cielo, haciéndose y deshaciéndose rápido, pero sin prisa, extrayendo de la inconsistencia y del desgarramiento el poder de invasión. Así, puedo decir que mi reflexión desgraciada, que sin la angustia extrema hubiera sido pesada, me concede, en el momento en el que voy a sucumbir, el imperio...

[Epílogo]

Dormí un sueño ligero. Primero era como una embriaguez: me pareció, al dormirme, que la solidez del mundo cedía ante la ligereza del sueño. Esa irónica indiferencia no cambiaba nada: la vehemencia del deseo, suspendida en un abandono completo, renacía liberada de los frenos que la bloqueaban en el estado de angustia. Pero el dormir es tal vez una imagen malograda de la victoria, pues en ella la libertad que debemos conquistar se oculta. De aquel horror opaco me hice víctima, hormiga en el hormiguero desplomado que ya no dispone de un hilo lógico. En este mundo de pesadilla, cada caída es, por sí sola, la experiencia completa de la muerte (pero sin la claridad decisiva del despertar).

Lo gracioso es que seamos tan despreocupados con esta sima del sueño. La olvidamos, y no vemos que nuestra despreocupación da un valor de mentira a nuestros aires «lúcidos». Por el momento, la animalidad del matadero de mis sueños recientes (todo a mi alrededor está alterado, pero entregado al apaciguamiento) despierta en mí el sentimiento de la «violación» de la muerte. Nada es más apreciado a mis ojos que la exuberancia de la herrumbre y la certeza bajo el sol de no poder escapar al moho de la tierra. La verdad de la vida no se puede separar de su contrario y si huimos del olor de la muerte, la «pérdida de sentido» nos devuelve la felicidad que comporta. Entre

la muerte y el rejuvenecimiento infinito de la vida no se puede hacer diferencia: tendemos a la muerte como un árbol a la tierra por una escondida red de raíces. Pero nos podríamos comparar con un árbol «moral» — que renegara de sus raíces. Si no nos pusiéramos ingenuamente en la fuente del dolor, que nos da el secreto insensato, no podríamos experimentar el arrebató de la risa: tendríamos el rostro opaco del cálculo. La obscenidad no es más que una forma de dolor, pero tan «ligeramente» vinculada al rebrote, que, de todos los dolores, ella es la más rica, la más loca, la más digna de ser deseada.

En el despliegue de este movimiento, importa poco que sea ambiguo — que lo mismo eleve a las nubes que deje sin vida sobre la arena. Quebrado, será una pobre consolación imaginar que de mi fracaso nace un gozo eterno. Mas tengo que aceptar las cosas como son: la resaca del gozo sólo se produce con una condición: que la retirada del dolor no sea en caso alguno menos horrorosa. La duda que nace de las grandes desgracias no hace sino alumbrar, por el contrario, a los que gozan — los que pueden conocer la felicidad completa sólo si es transfigurada con la aureola negra de la desgracia. Aunque la razón no puede resolver la ambigüedad: la felicidad extrema sólo es posible en el momento en que dudo que dure; por el contrario, se transforma en pesadez, en el instante en que me siento seguro. Así pues, sólo podemos vivir sensatamente en un estado de ambigüedad. No hay nunca, por otra parte, una diferencia clara entre la desgracia y el gozo: la conciencia de la desgracia errante está siempre presente, y ni siquiera en el horror queda suprimida del todo la conciencia del gozo posible: es ella la que acrecienta vertiginosamente el dolor, pero también es ella la que permite, en cambio, soportar suplicios. Esta ligereza del juego se da tan bien en la ambigüedad de las cosas que despreciamos a los ansiosos cuando se las toman demasiado en serio. El error de la Iglesia consiste menos en la moral y los dogmas que en la confusión de lo trágico, que es un juego, y lo serio, que es el signo del trabajo.

Por el contrario, aquellos ahogos inhumanos, que había sufrido en sueños, mientras dormía, eran el pretexto favorable para mi resolución porque no tenían carácter serio alguno. Me acuerdo del momento en que me ahogaba, cuando me pareció que el sufrimiento disponía de una especie de trampa sin la cual el lazo del pensamiento no podría «tenderse». Me gusta detenerme por un momento en esa desgracia imaginaria y, al unirla a la extensión absurda del cielo, encontrar en la ligereza, la «falta de cuidado», la esencia de una noción de mí mismo y del mundo que sería un salto. En una sinfonía loca, cruel y monótona, que mi hermano muerto tocaba con gracia, la punta hostil y dura de un dedo, dentro de poco hundida, en mi sueño, en el hueco de mi espalda —de modo tan cruel que hubiera gritado, pero no pude emitir sonido alguno— producía un dolor que no debía ser del todo, pero era, era inexorable y «exigía» la libertad de un salto. Todo partía de ahí en un arrebato violento, movido por la crueldad inflexible del dedo: no había nada en mi suplicio que no fuera arrancado, llevado al dolor intolerable del que uno se despierta. Pero, cuando me desperté de ese sueño, E. sonreía de pie frente a mí: tenía la misma ropa, más bien la misma ausencia de ropa que cuando estaba tendida en su habitación. No me había recuperado de mi sueño: con la desenvoltura que ella, marquesa, había tenido en una crinolina, con una sonrisa indefinible, con una cálida inflexión de su voz, hizo que me rindiera sin tardar ante las delicias de la vida: «¿Si Monsignor tiene a bien?», me dijo. No sé qué detalle canallesco añadió a la provocación del traje. Pero como si no pudiese seguir con la comedia un momento más, dejó ver enseguida la raja y preguntó con voz ronca: —¿Quieres hacer el amor?

Un rayo de luz tempestuosa, mágica, inundaba la habitación: como un San Jorge armado, juvenil y luminoso, sobre un dragón, se arrojó sobre mí, pero el mal que me deseaba era arrancar mi ropa y sólo estaba armada con una sonrisa de hiena.

Discordia
sua
concordia

La discordia

La discordia
è la discordia
la discordia
è la discordia
la discordia
è la discordia

La discordia
è la discordia
la discordia
è la discordia
la discordia
è la discordia

La discordia
è la discordia
la discordia
è la discordia
la discordia
è la discordia

Orestíada
rocío del cielo
cornamusa de la vida

noche de arañas
de las obsesiones innombrables
inexorable juego de lágrimas
oh sol en mi pecho larga espada de la muerte

descansa a lo largo de mis huesos
descansa tú eres el relámpago
descansa víbora
descansa corazón mío

los ríos del amor se sonrosan de sangre
los vientos han despeinado mis cabellos de asesino

Suerte, ¡oh pálida divinidad!
risa del relámpago
sol invisible
tronando en el corazón
suerte desnuda

suerte de los largos bajos blancos
suerte en camisa de encaje.

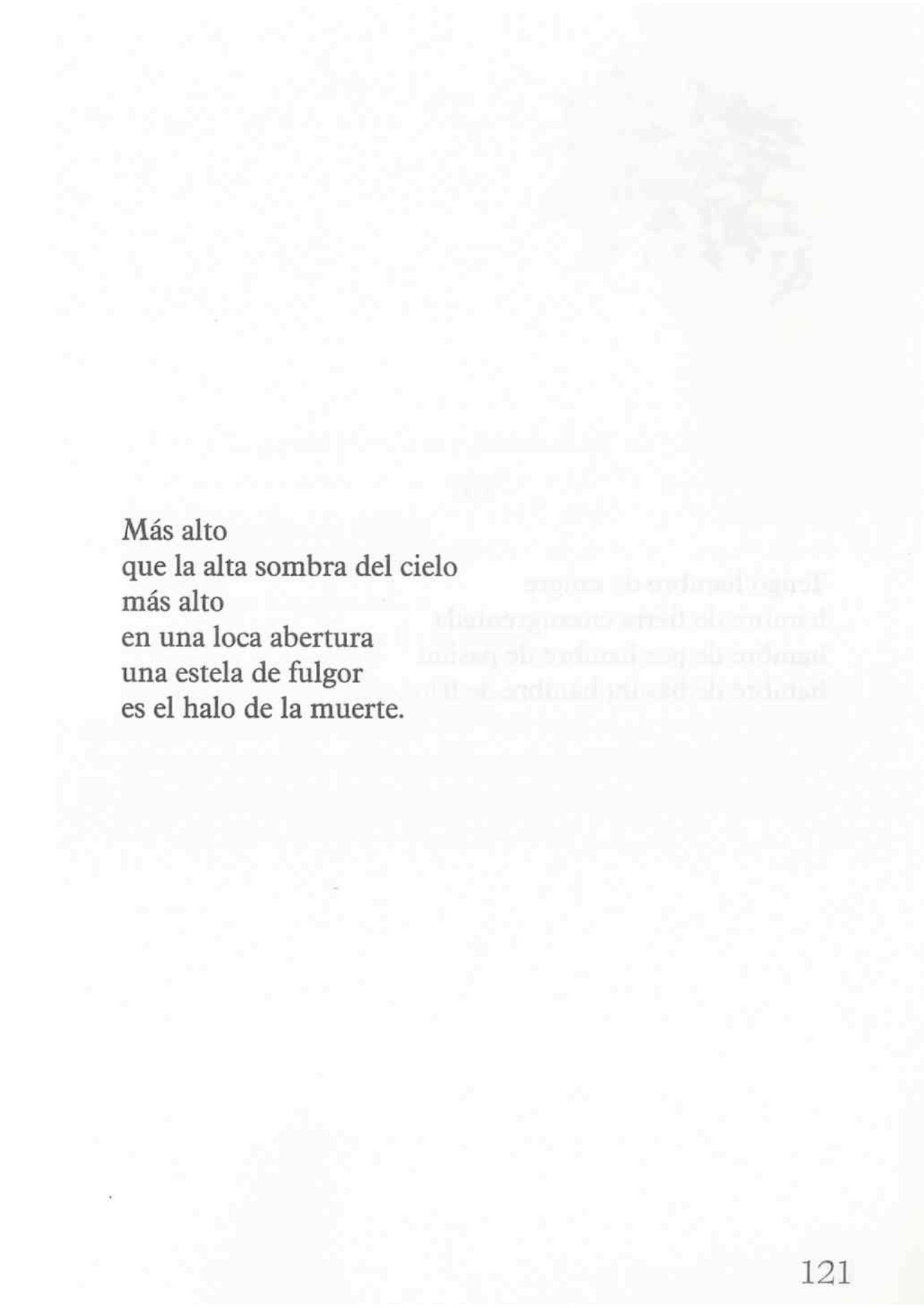
El Techo del Templo

El templo del Señor
está en el cielo
y su fundamento
está sobre las piedras
que son los santos.

El templo del Señor
está en el cielo
y su fundamento
está sobre las piedras
que son los santos.

Díez cientos de casas caen
cien más mil muertos
en la ventana de la nube

Vientre abierto
cabeza arrancada
reflejo de largas nubes
imagen de cielo inmenso.



Más alto
que la alta sombra del cielo
más alto
en una loca abertura
una estela de fulgor
es el halo de la muerte.

Tengo hambre de sangre
hambre de tierra ensangrentada
hambre de pez hambre de pasión
hambre de basura hambre de frío.



Yo

Corazón ávido de fulgor
vientre avaro de caricias
el sol falso los ojos falsos
palabras proveedoras de la peste

la tierra ama los cuerpos fríos.

Lágrimas de hielo
equivoco de pestañas

labios de muerte
inexpiables dientes

ausencia de vida

desnudez de muerte.

A través de la mentira, la indiferencia, el castañeteo de dientes, la felicidad insensata, la certidumbre,

en el fondo del pozo, diente contra diente de la muerte, una ínfima parcela de vida deslumbrante nace de una acumulación de desechos,

huyo de ella, ella insiste; inyectado, en la frente, un chorrito de sangre se mezcla con mis lágrimas y baña mis muslos,

ínfima parcela nacida de la superchería, de avaricias impudentes,

no menos indiferente a sí misma que la altura del cielo, y la pureza de verdugo, de explosión que corta los gritos.

Abro en mí mismo un teatro
en el que se interpreta un falso sueño
una trampa sin objeto
una vergüenza por la que sudo

sin esperanza
la muerte
la vela soplada.

Entretanto, leo Nuits d'octobre, asombrado de sentir un desfase entre mis gritos y mi vida. En el fondo, soy como Gérard de Nerval, feliz en los cabarets, con las naderías (¿más equívoco?). Me acuerdo en Tilly cómo me gustaba la gente del pueblo, las lluvias, el barro, el frío, los marimachos del bar apurando las botellas y la narizota de los grandes domésticos de granja (borrachos, con las botas enlodadas); por la noche, las canciones de arrabal lloraban en gargantas vulgares, hubo idas y venidas de juergas, de pedo, de risas y chicas en el patio. Estaba feliz escuchando sus vidas, escribiendo garabatos en mi cuaderno, recostado en una habitación sucia (y helada). Ni sombra de aburrimiento, feliz del calor de los gritos, del embrujo de las canciones: su melancolía se aferraba a la garganta.

TERCERA PARTE
LA ORESTIADA

Sentimiento de un combate decisivo del que nada me apartaría ahora. Tengo miedo porque estoy seguro de que ya no evitaré el combate.

¿La respuesta no será: «que me olvido de la pregunta»?

Me pareció ayer haber hablado con mi espejo.

Me pareció ver muy lejos como en el fulgor de un relámpago una región a la que la angustia ha conducido... Sentimiento introducido por una frase. He olvidado la frase: se acompañaba de un cambio perceptible, como un disparador que cortara los lazos.

Percibí un movimiento de retirada, tan engañoso como el de un ser sobrenatural.

Nada más despegado, ni más contrario a la malevolencia.

Experimentaba como un remordimiento la imposibilidad de anular mis afirmaciones.

Como si una opresión intolerable nos atormentara.

Deseaba —temblando— que la suerte que sobreviniera de improviso, pero en la incertidumbre de la noche, imperceptible, fuera alcanzada. Y por muy fuerte que fuese ese deseo, no podía sino observar el silencio.

Solo en la noche, me quedaba leyendo, abrumado por ese sentimiento de impotencia.

Leí entero Bérénice (no lo había leído antes). Sólo una frase del prefacio me detuvo: «... esa tristeza majestuosa que es todo el placer de la tragedia». Leí, en francés, El cuervo. Me levanté contagiado. Me levanté y cogí papel. Me acuerdo de la prisa febril con la que llegué a la mesa: sin embargo estaba sereno.

Escribí:

vino
una tormenta de arena
no puedo decir que
en la noche
vino como un muro de polvo
o como el torbellino vestido de un fantasma
ella me dijo
dónde has estado
te había perdido
pero yo
que jamás la había visto
grité en el frío
quién eres tú
demente
y por qué
haces como si
no me hubieras olvidado
en ese momento

oí caer la tierra
corrí
atravesé
un campo interminable
caí
el campo también cayó
un sollozo infinito el campo y yo
cayeron

noche sin estrellas
vacío mil veces apagado
un grito tal
pasó jamás a tu través
una caída tan larga.

A la vez, el amor me abrasaba. Estaba limitado por las palabras. Me agoté de amor en el vacío, como en presencia de una mujer deseable y desnuda — pero inaccesible. Ni siquiera podía expresar un deseo.

Aturdimiento. Imposibilidad de ir a la cama a pesar de la hora y del cansancio. Hubiera podido decir de mí, como dijo Kierkegaard hace cien años: «tengo la cabeza tan vacía como un teatro en el que acaban de representar una función».

Cuando fijaba el vacío ante mí, un toque muy violento, excesivo, me unió a ese vacío. Veía ese vacío y no veía nada, pero él, el vacío, me abrazaba.

Mi cuerpo estaba crispado. Se contrajo como si, por sí mismo, tuviera que reducirse a la extensión de un punto. Una fulguración duradera iba de ese punto interior al vacío. Yo gesticulaba y reía, con los labios abiertos, los dientes desnudos.

Me arrojó donde los muertos

La noche es mi desnudez
las estrellas son mis dientes
me arrojo donde los muertos
vestido de sol blanco.

La muerte habita mi corazón
como una pequeña viuda
solloza es débil
tengo miedo podría vomitar

la viuda ríe hasta el cielo
y desgarrar los pájaros,

En mi muerte
los dientes de caballos de estrellas
relinchan de risa yo *muerto*

muerte rasa
tumba húmeda
sol manco

el sepulturero con dientes de muerte
me borra

el ángel de vuelo de cuervo
grita

gloria a ti

soy el vacío de los ataúdes
y la ausencia de mí
en el universo entero

las trompas de la alegría
suenan sin sentido
y el blanco del cielo resplandece

el trueno de la muerte
llena el universo

demasiada alegría
dobla las uñas.

Imagino
en la profundidad infinita
la extensión desierta
diferente del cielo que veo

que no contiene ya esos puntos de luz que titilan
sino torrentes de llamas
más grande que un cielo
cegador como el alba

abstracción informe
cebrada por fracturas
montón
de inanidades olvidadas
de un lado el sujeto YO
y del otro el objeto
universo hecho añicos de nociones muertas
donde YO echa llorando los desechos
las impotencias
los hipos
los gritos disonantes del gallo de las ideas

oh, nada fabricada
en la fábrica de la vanidad infinita
como una caja con dientes postizos

YO inclinado sobre la caja
YO tengo
mis ganas de vomitar ganas
oh quiebra
éxtasis del que duermo
cuando grito
tú que eres y serás
cuando yo ya no sea
X sordo
mazo gigante
rompiendo mi cabeza.

El centelleo
lo alto del cielo
la tierra
y yo.

Mi corazón te escupe estrella
incomparable angustia
me da la risa pero tengo frío.

Ser Orestes

El tapete de juego es esta noche estrellada en la que caigo, arrojado como el dado sobre un campo de posibles efímeros.

No tengo motivos para «encontrarla malvada».

Siendo una caída ciega en la noche, excedo mi voluntad a pesar mío (que no es en mí sino lo dado); y mi miedo es el grito de una libertad infinita.

Si no excediese de un salto la naturaleza «estática y dada», estaría definido por leyes. Pero la naturaleza juega conmigo, me arroja más lejos que ella misma, más allá de las leyes, de los límites que hacen que los humildes la quieran.

Soy el resultado de un juego, el cual, si yo no fuera, no sería, el cual pudiera no ser.

Soy, en el seno de una inmensidad, un más que excede esa inmensidad. Mi felicidad y mi mismo ser se desprenden de este carácter excedente.

Mi tontería ha bendecido la naturaleza caritativa, arrodillada, ante Dios.

Lo que soy (mi risa y mi felicidad ebrias) no se ha jugado menos en eso, abandonado al azar, puesto en la puerta en la noche, cazado como un perro.

El viento de la verdad ha respondido como una bofetada a la mejilla tendida de la piedad.

El corazón es humano en la medida en que se rebela (eso quiere decir: ser un hombre es «no doblegarse ante la ley»).

Un poeta no justifica —no acepta— del todo la naturaleza. La poesía verdadera está fuera de las leyes. Pero la poesía, finalmente, acepta la poesía.

¡Aceptar la poesía la convierte en su contrario (se convierte en mediadora de una aceptación)! Retengo el salto con el que excedería el universo, justifico el mundo dado, me contento con él.

¡Insertarme en lo que me rodea, explicarme o no ver en mi noche insondable sino un cuento para niños (darme de mí mismo una imagen sea física, sea mitológica)! ¡No!...

Renunciaría al juego...

Me niego, me rebelo, pero por qué caer en el error. Si delirase, sería simplemente natural.

El delirio poético tiene su lugar en la naturaleza. La justifica, acepta embellecerla. El rechazo pertenece a la conciencia clara, capaz de valorar lo que le sucede.

La distinción clara de diversos posibles, el don de ir al extremo de lo más lejano, son muestra del cuidado sosegado. El juego sin retorno de mí mismo, el ir más allá de todo lo dado, exige no sólo la risa infinita, sino también esta meditación lenta (insensata, pero por exceso).

Es la penumbra y el equívoco. La poesía aleja, a la vez, de la noche y del día. No puede poner ni en cuestión ni en acción este mundo que me sujeta.

Se mantiene la amenaza: la naturaleza puede aniquilarme —reducirme a lo que ella es, anular el juego que yo juego más allá de ella— que exige mi locura, mi alegría, mi alerta (despertar) infinitos.

El decaimiento retira el juego —y también el exceso de atención. El arrebatado de risa, el salto poco razonable y la tranquila lucidez le son exigidas al jugador, hasta el día en que la suerte le abandone — o la vida.

Me acerco a la poesía: pero para echarla a perder.

En el juego que excede a la naturaleza, es indiferente que yo la exceda o que ella misma se exceda en mí (toda ella es, posiblemente, exceso de sí misma), pero, en el tiempo, el exceso acaba por insertarse en el orden de las cosas (yo moriría en ese momento).

Para captar algo posible en el seno de una evidente imposibilidad, me ha sido preciso representarme primero la situación inversa.

Suponiendo que quisiera reducirme al orden legal, tengo pocas probabilidades de conseguirlo del todo: pecaría por inconsecuencia — por rigor desgraciado...

En el extremo rigor, la exigencia del orden es detentadora de un poder tan grande que no puede volverse contra ella misma. En la experiencia que tienen los devotos (los místicos), la persona de Dios se sitúa en la cumbre de un sinsentido inmoral: el amor del devoto realiza en Dios —con quien se identifica— un exceso que, si lo asumiese personalmente, lo haría caer de rodillas, asqueado.

La reducción al orden fracasa de cualquier manera: la devoción formal (sin exceso) conduce a la inconsecuencia. Así pues, la tentati-

va inversa tiene posibilidades. Necesita servirse de caminos indirectos (de risas, de náuseas incesantes). En el plano en que se juegan esas cosas, cada elemento se convierte incesantemente en su contrario. Dios se carga de improviso de «horrible grandeza». O la poesía se desliza hacia el embellecimiento. Con cada esfuerzo que hago por captarlo, el objeto de mi espera se convierte en su contrario.

El resplandor de la poesía se revela fuera de los momentos que ella alcanza en un desorden de muerte.

(Un común acuerdo sitúa aparte a los dos autores que añadieron al resplandor de la poesía el resplandor del fracaso. El equívoco está ligado a sus nombres, pero uno y otro agotaron el sentido de la poesía que se logra en su contrario, en un sentimiento de odio a la poesía. La poesía que no se eleva al sinsentido de la poesía sólo es que el vacío de la poesía, menuda poesía.)

¿Para quién son esas serpientes...?

Lo desconocido y la muerte... sin el mutismo bovino, lo único bastante sólido en estos caminos. En esto desconocido, ciego, sucumbo (renuncio al agotamiento razonable de los posibles).

La poesía no es un conocimiento de sí mismo, menos todavía la experiencia de un posible lejano (de lo que antes no era), sino la simple evocación, mediante las palabras, de posibilidades inaccesibles.

La evocación tiene la ventaja sobre la experiencia de una riqueza y una facilidad infinitas, pero alejadas de la experiencia (esencialmente paralizada).

Sin la exuberancia de la evocación, la experiencia sería razonable. Comienza a partir de mi locura, si la impotencia de la evocación me asquea.

La poesía abre la noche al exceso del deseo. La noche abandonada por los estragos de la poesía es en mí la medida de un recha-

zo —de mi loca voluntad de exceder el mundo—. Asimismo, la poesía excedía ese mundo, pero ella no podía cambiarme.

Mi libertad ficticia aseguró en gran medida que no arruinaría la tensión del elemento natural. Si yo me daba por contento, me sometería a la larga al límite de ese elemento.

Seguí cuestionando el límite del mundo, excluyendo la miseria de los que se contentan con él, y no pude soportar por mucho tiempo la facilidad de la ficción: exigí la realidad y me volví loco.

Si mentía, permanecería en el plano de la poesía, de una superación verbal del mundo. Si persistía en un desprecio ciego del mundo, mi desprecio era falso (como la superación). En cierto sentido, mi acuerdo con el mundo se profundizaba. Pero no podía mentir a sabiendas y me volví loco (capaz de ignorar la verdad). O no sabiendo ya jugar, para mí sólo, la comedia de un delirio, enloquecí todavía más, pero interiormente: hice la experiencia de la noche.

La poesía fue un simple rodeo: con ella escapé del mundo del discurso, que se había convertido para mí en el mundo natural, con ella entré en una especie de tumba en la que la infinitud de lo posible nacía de la muerte del mundo lógico.

Al morir, la lógica engendraba locas riquezas. Sin embargo, lo posible evocado sólo es irreal, la muerte del mundo lógico es irreal, todo es equívoco y huidizo en esta oscuridad relativa. Puedo burlarme de mí mismo y de los demás: ¡todo lo real carece de valor, y todo valor es irreal! De ahí esa facilidad y esta fatalidad de deslizamientos, en los que ignoro si miento o si estoy loco. La necesidad de la noche procede de esta situación desgraciada.

La noche tenía que resignarse a ser un rodeo.

¡El cuestionamiento de todas las cosas nacía de la exasperación de un deseo, que no podía llevar el vacío!

El objeto de mi deseo era, en primer lugar, la ilusión y sólo en segundo lugar el vacío de la desilusión.

El cuestionamiento sin deseo es formal, indiferente. De aquél no se podría decir: «es lo mismo que el hombre.»

La poesía revela un poder de lo desconocido. Sin embargo, lo desconocido es sólo un vacío insignificante, si no es el objeto de un deseo. La poesía es término medio, hurta lo conocido en lo desconocido: es lo desconocido adornado con colores cegadores y con la apariencia de un sol.

Deslumbrado por mil rostros en los que se componen el aburrimiento, la impaciencia y el amor. Ahora, mi deseo tiene sólo un objeto: el más allá de esos mil rostros y de la noche.

Pero en la noche el deseo miente y, de ese modo, ella deja de parecer su objeto. La existencia que yo llevaba «en la noche» se parece a aquella del amante en la muerte del ser amado, de Orestes en el momento de conocer el suicidio de Hermione. Ella no puede reconocer en la especie de la noche «lo que esperaba».

«EL VIENTO DE LA VERDAD»

GEORGES BATAILLE, EL SIGLO XX Y NOSOTROS

Emmanuel Tibloux

«El viento de la verdad ha respondido como una bofetada a la mejilla tendida de la piedad.»

Georges Bataille, *Lo imposible*

«Hoy se sabe: Bataille es uno de los escritores más importantes de su siglo». Treinta años después de este célebre juicio de Michel Foucault ha llegado el momento de que seamos nosotros quienes reconsideremos la importancia de Bataille (1897-1962) con respecto a «su siglo», ese siglo XX que en adelante ya no es nuestro, pero al que todavía estamos expuestos.

(¿Nosotros? Al menos vosotros y yo que hemos vivido durante la segunda mitad de ese siglo y a cuyos oídos, como un *viento*, han llegado los años precedentes, a través de lecturas, imágenes, relatos y silencios.)

Tiempo sombrío, que fue desde sus comienzos el tiempo de la muerte *innegable*, de la muerte real, intencional y generalizada, el siglo XX quedará para nosotros como la época de lo negativo y de lo inconmensurable: esa época donde, tanto en el plano colectivo como en el individual, un trastorno sin precedentes del régimen y de la economía de la negatividad habrá situado al hombre de cara a lo inconmensurable.

En el plano colectivo, las destrucciones masivas, poniendo en

juego magnitudes considerables, pero tan agolpadas en el tiempo y en el espacio que se resumen en dos nombres, habrán hecho caer catastróficamente lo inconmensurable en medio de la historia humana: Auschwitz, Hiroshima. En el plano del individuo, anticipando y acompañando las catástrofes históricas, dos corrientes de pensamiento nacidas con el siglo, el psicoanálisis y la filosofía de la existencia, se desarrollarán a partir de o en torno a datos, experiencias y estados psíquicos cargados de negatividad y heterogéneos a la lógica racional, señalando así el recrudecimiento de estos últimos o al menos la necesidad para la conciencia humana de tenerlos muy en cuenta: neurosis, psicosis, pulsión de muerte, angustia.

El arte y el pensamiento del siglo habrán levantado acta de esta prueba sin precedentes de lo negativo y de lo inconmensurable. Según modalidades diversas, llevan la huella o aportan el testimonio de ella. Se encuentra aquí implicado todo un idioma que es también un idioma de la huella y del testimonio. Este idioma, en el que uno reconoce el idioma mismo del siglo, habrá reactivado antiguos esquemas o paradigmas, tres paradigmas al menos que habrán retornado en el siglo XX y que señalan la presencia o la proximidad de lo negativo y de lo inconmensurable. La *teología negativa* en primer lugar, que consiste en una andadura del espíritu que intenta aprehender una trascendencia por medio de proposiciones negativas, y que constituye el paradigma especulativo de lo inconcebible. Lo *sublime* después, tal como califica en Kant un sentimiento que tiene lugar cuando la imaginación fracasa en presentar, en «hacer ver» un objeto correspondiente al concepto que puede tenerse de él, y que constituye el paradigma estético de lo impresentable. Lo *trágico* en fin, que califica la experiencia dolorosa de una desproporción entre el plano de las acciones humanas y otro plano en el que esas acciones se encuentran gravemente truncadas, y que constituye el paradigma antropológico de la desgracia inconmensurable.

Un motivo en particular condensa a la vez estos tres paradigmas y la prueba de lo negativo y de lo inconmensurable con la que guardan

relación. Ya sea en forma de verbo, ya de adjetivo o de sustantivo, uno se lo encuentra dondequiera que surja lo inconcebible, lo impresentable y/o una inconmensurable desgracia.

Esto puede suceder en el habla más común, que a propósito de la muerte de un ser cercano no puede sino atenerse a la frase de Goethe varias veces citada por Bataille:

«una *imposibilidad* que de golpe se troca en realidad».

O también en esta antigua sentencia de La Rochefoucauld de la que el siglo XX no habrá cesado de hacerse cargo:

«El sol y la muerte *no pueden* mirarse fijamente».

Y más cerca de nosotros, en las palabras que difícilmente circulan en torno a las dos catástrofes históricas del siglo, Auschwitz e Hiroshima:

«Uno no puede contar eso.
Nadie puede
representarse lo que ha pasado aquí.
Imposible. Y nadie puede comprender esto.»¹

«Los llantos, los gritos, los alaridos...
Lo que pasaba allá
era *imposible*...»²

«*Imposible* hablar de HIROSHIMA. Todo lo que puede hacerse es hablar de la *imposibilidad* de hablar de HIROSHIMA.»³

O también en el registro psicoanalítico, en Lacan, quien se servirá repetidas veces de ese motivo para definir, primero a partir de la psi-

¹ Simon Srebnik, *Shoah* (texto íntegro de la película), Claude Lanzmann, Fayard, 1985, Folio, Gallimard, 1997, p. 25.

² Abraham Bomba, *ibid.*, p. 72.

³ Marguerite Duras, *Hiroshima mon Amour*, «scénario et dialogues», Gallimard, 1960, collection Folio, 1971, p.10. [Trad., Marguerite Duras, *Hiroshima mon amour*, Traducción de C. Martínez González, Seix Barral, 1997.]

cosis, luego, como es el caso aquí, a partir de la cuestión de la satisfacción de la pulsión, la noción enigmática de lo «real»:

«Esta satisfacción es paradójica. Cuando se la mira de cerca, uno se da cuenta que entra en juego algo nuevo — la categoría de lo *impossible*.[...] Lo *impossible* no es forzosamente lo contrario de lo posible, o bien, en ese caso, ya que lo opuesto de lo posible es con seguridad lo real, seremos conducidos a definir lo real como lo *impossible*.»⁴

Se habrá pues reconocido ahí el motivo de lo imposible. Motivo central del siglo XX, es también, como es sabido, no solamente el título de un relato de Bataille, sino también el motivo central de su obra. Es incluso a Bataille a quien se debe el haber formulado este motivo como tal, es decir, como adjetivo substantivado. El autor de *Lo imposible* habrá transformado la cualidad que había en el aire irrespirable del tiempo en una substancia, en la cual se reconoce la substancia misma de la época.

Que nosotros estemos todavía expuestos a ese tiempo, que la obra de Bataille sea esencial, no sólo con respecto a ese tiempo, sino también con respecto a eso que nos expone todavía a ese tiempo: tal es la idea de partida.

*

Un contemporáneo de Bataille vio bien el tipo de relación que éste mantenía con su época. Es Jules Monnerot, quien en 1945 advertía en estos términos al «historiador de la sensibilidad»:

«Si pretende registrar los estremecimientos que recorren la atmósfera intelectual de entreguerras, el historiador de la sensibilidad se cuidará de no olvidar el apellido de Georges Bataille. En ello le va la relativa exactitud que uno tiene derecho a exigir de un cuadro clínico. Ser verdaderamente sensible a la época es más raro de lo que se

⁴ Jacques Lacan, *Le Séminaire, XI — Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, Seuil, 1973, p. 152. [Trad., El Seminario de Jacques Lacan, Libro 11, Paidós, 1981.]

imagina. Para decirlo todo, es una singularidad. Ella estalla en Georges Bataille.»⁵

Nosotros podemos retomar hoy estas líneas, que hacen de Bataille una especie de espíritu del tiempo de entreguerras —su *espíritu sensible*—, y hacernos cargo de ellas, pero ampliando su alcance: más allá de la época delimitada por las dos guerras mundiales, a lo que Bataille habrá sido «verdaderamente sensible» es a aquello que, en el siglo XX, hace para nosotros época.

Aunque no fuera más que a título de indicio de esta sensibilidad a la época, recordemos en primer lugar la manera inmediata, casi instintiva, nerviosa, con la que Bataille reacciona a los acontecimientos por los que lo negativo se derrama en la historia cuando dichos acontecimientos le son cercanos —a la manera de un animal que en su territorio tuviera el instinto de lo negativo, o de un hombre que se esforzara por responder a los ecos que de su apellido le envía la Europa en guerra. Un libro en particular atestigua esta forma elemental y puramente reactiva de sensibilidad a la época, *El culpable*, que Bataille escribe de septiembre de 1939 a octubre de 1943, mientras atraviesa la Francia de los combates, de los saqueos y del éxodo, conectando constantemente la escritura con el acontecimiento.

«La fecha en la que comienzo a escribir (5 de septiembre de 1939) no es una coincidencia. Comienzo con motivo de los acontecimientos, pero no para hablar de ellos. Escribo estas notas incapaz de otra cosa. Necesito dejarme, en adelante, a movimientos de libertad, de capricho. Repentinamente, ha llegado para mí el momento de hablar sin rodeos.»⁶

⁵ Jules Monnerot, «Sur Georges Bataille», *Confluences* (8 y 9), octubre de 1945 y febrero de 1946, retomado con el título «La fièvre de Georges Bataille» en *Inquisitions*, José Corti, 1974, p. 199.

⁶ *Le Coupable*, Georges Bataille, *Œuvres complètes* (volúmenes I a XII, Gallimard, 1970-1988), volumen V, p. 245 (en adelante: V, 245). [Trad., Georges Bataille, *El culpable*, Versión española de F. Savater, Taurus, 1974]

«Comienzo un segundo cuaderno durante la batalla del Norte. No podría dar las razones de ello: una oscura necesidad se impone a mí. En mí todo es violento, impedido, agolpado. Todo es maldito.»⁷

Salta a la vista que la proximidad sensible de la guerra, los «acontecimientos», las *batallas*, incitan a Bataille, le obligan, dan a la escritura y al pensamiento su impulso oscuro y necesario. Los acontecimientos mandan en la escritura, «pero —precisa enseguida Bataille— no para hablar de ellos».

El movimiento que aquí se esboza, que conduce del acontecimiento a la escritura, pero a una escritura que los «movimientos de libertad, de capricho» alejan del acontecimiento y centran en el sujeto, que es él mismo, Bataille, el lugar «violento, impedido, agolpado» del acontecimiento, pero también el lugar de una violencia, de un impedimento y de una maldición que exceden al acontecimiento, dicho movimiento es ejemplar de la forma que toma en Bataille la sensibilidad a la época. Más que un instinto hay, en efecto, en Bataille una verdadera pasión de lo negativo, que va a conducirlo a señalar, encarnar y asumir lo negativo en todas sus formas. Esta pasión de lo negativo está toda ella condensada en la definición más general que Bataille ha podido dar de sí mismo en una carta dirigida en 1937 a Alexandre Kojève, quien introdujo mediante su famoso seminario sobre la *Fenomenología del espíritu* a toda una generación de intelectuales franceses, la generación de los años treinta, a Hegel y a la representación de una historia que se habría acabado en él y con él:

«Admito (como una suposición verosímil) que desde ahora la historia está acabada (hasta el desenlace casi). [...]

Si la acción (el «hacer») es como dice Hegel la negatividad, se plantea entonces la cuestión de saber si la negatividad de quien no tiene ya nada que hacer desaparece o subsiste en el estado de «negatividad sin empleo»: personalmente no puedo decidir más que en un sentido, al ser yo mismo exactamente esta «negatividad sin empleo» (no podría definirme de manera más precisa)».⁸

⁷ *Ibid.*, V, 289.

⁸ *Ibid.*, V, 369

Se percibe aquí la paradoja —o la astucia de la razón— de que sobre el fondo de una «suposición» que retrospectivamente parece pasmosa, la suposición de una historia que se considera acabada en 1937, Bataille, definiéndose como «negatividad sin empleo», se habría puesto en situación de aprehender el trastorno del régimen de la negatividad que caracteriza a todo el siglo XX.

Esta paradoja reclama algunos comentarios. Se notará antes de nada que Bataille no moviliza la tesis de una historia acabada más que a título de «suposición verosímil». ¿Creyó realmente en ello? Es poco probable si uno se remite a *El azul del cielo*, que redacta en 1935, y al diario que escribe por la misma época. La evocación de la «pleamar de asesinato» con la que acaba el primero⁹, y las veces que constata lúcidamente un estrechamiento del «abrazo fascista» y la propagación de un «contagio revolucionario [...] a través de Europa», que uno encuentra en el segundo¹⁰, dejan poco espacio a tal hipótesis. Ésta, por lo demás, es totalmente descartada a partir de 1939 por una observación de *El culpable* que no deja subsistir ninguna duda: «Un tiempo de guerra revela el inacabamiento de la historia»¹¹.

Esta suposición, por otra parte, no tiene sentido más que en referencia, por un lado, al discurso de donde proviene, el comentario de la *Fenomenología del espíritu* por Kojève, y por otro, a la representación que ella engendra en Bataille. Sin entrar en el detalle de la lectura a la que somete Kojève el texto de Hegel, hay que decir al menos una palabra de su enseñanza, que se prosigue de 1933 a 1939, y a la que Bataille, oyente asiduo y sobre todo arrebatado, hasta el punto de haber sido, según sus palabras, «roto, molido, matado diez veces»¹²

⁹ III, 487. [Trad., Georges Bataille, *El azul del cielo*, Traducción de R. García Fernández, Tusquets, 1985.]

¹⁰ II, 262.

¹¹ V, 262.

¹² *Sur Nietzsche*, notas, VI, 416. [Trad., Georges Bataille, *Sobre Nietzsche*, Versión castellana de F. Savater, Taurus, 1972.]

por esa enseñanza, debe lo esencial de su visión del mundo. Dando una versión decididamente antropológica del relato hegeliano de la formación de la conciencia y del trabajo de lo negativo, Kojève va a desplazar el sentido de dicho relato al atribuir constantemente al hombre lo que en Hegel caracteriza al Espíritu. La negatividad, o sea, la potencia y el ejercicio de la negación, que caracterizan el despliegue hegeliano del Espíritu, se encarnan para Kojève en el hombre, que es «la muerte que vive una vida humana»¹³. Esta interpretación a la vez antropológica y dramática se condensa en el puesto fundamental que concede Kojève a la famosa dialéctica del amo y el esclavo, que en la *Fenomenología del espíritu* es la primera fase de la «conciencia de sí», es decir, el momento inaugural de la historia humana, donde el objeto no es ya el objeto «en sí» del conocimiento teórico descrito en los capítulos precedentes, sino el objeto «para sí» de una libertad activa, y donde la conciencia no es ya contemplación sino deseo, en el sentido de que no conoce ninguna alteridad que al punto ella no refiera a sí misma. Este momento es también el momento más dramático del relato hegeliano, en la medida en que es negándose a sí misma, es decir, afrontando la muerte, como la vida humana deviene ahí consciente de sí misma. Lejos de hacer de este momento uno más entre otros de la dialéctica, destinado a ser superado, Kojève ve en él la forma misma de la experiencia humana, que es esencialmente experiencia del deseo y de la muerte. Esta experiencia propiamente humana se acabaría no obstante en Hegel y en su libro, en el momento expuesto en el último capítulo, donde el Espíritu alcanza su figura última, la del Saber absoluto. En virtud de la identidad del concepto y del tiempo, dicho momento, que es para Hegel el momento de «la historia concebida», o sea, el momento teórico de acabamiento de la formación de la conciencia, se habría, en la perspectiva antropológica de Kojève, efectivamente realizado en la persona de Hegel al aca-

¹³ Alexandre Kojève, *Introduction à la lecture de Hegel*, Gallimard, 1947, coll. Tel, 1979, p. 550. [Trad., Alexandre Kojève, *La idea de la muerte en Hegel*, Traducción de J.J. Sebreli, Revisión de A. Llanos, Leviatán, 1982.]

bar la *Fenomenología del espíritu*, y significaría por esta razón «el fin de la historia». Al final del libro, al encontrarse lo real enteramente reabsorbido por el trabajo de lo negativo, es decir, revelado y transformado en su totalidad por el discurso y por la acción, la historia se encontraría al mismo tiempo, de golpe, conducida a su final, el deseo a la satisfacción, y el hombre, esta encarnación viviente del deseo y de la muerte, a la sabiduría. Tal habría sido según Kojève «la audacia inaudita» de Hegel: «afirmar haber realizado la sabiduría en su propia persona»¹⁴.

Es sobre el trasfondo de esta «audacia inaudita», de las representaciones que ella autoriza y de los problemas que plantea, como llega Bataille a *suponer* acabada la historia para preguntar qué deviene entonces la negatividad y responder desde su experiencia personal: «en su propia persona» la negatividad queda sin empleo, la humanidad queda más acá de la sabiduría y el deseo más acá de la satisfacción. La suposición es aquí extremadamente fecunda en la medida en que va a permitir a Bataille hacer valer «en su propia persona» un resto de pura negatividad, resto no sólo cronológico sino también lógico, situado fuera de todo encadenamiento dialéctico, a partir del cual él va a ponerse en la situación de ser sensible a todas las formas inconmensurables de la negatividad.

En otra parte de su carta a Kojève, Bataille describe en estos términos la actividad del «hombre de la negatividad sin empleo»:

«él pone en juego las representaciones más cargadas de valor emotivo, tales como las destrucciones físicas o la obscenidad erótica, objeto de la risa, de la excitación física, del miedo y de las lágrimas; pero al mismo tiempo que estas representaciones le intoxican, él las despoja de la ganga en la que habían estado escondidas a la contemplación y las sitúa objetivamente en el desenlace de los tiempos contra todo lo inmutable.»¹⁵

¹⁴ *Ibid.*, p. 272.

¹⁵ *Le Coupable*, notas, V, 563.

Esta *puesta en juego de las representaciones más cargadas de valor emotivo* es precisamente el modo en que Bataille es sensible a la época. Aquí uno podrá sentirse sorprendido, e incluso impactado, por la disparidad de las escalas y de los envites de las representaciones invocadas en comparación con los acontecimientos históricos. En efecto, la singular sensibilidad de Bataille a su época no carece de cierta *impiedad* o, como diríamos hoy, de cierta incorrección. Y es que esta sensibilidad, pero ello sin duda se habrá comprendido ya, no es tanto una sensibilidad al acontecimiento como una sensibilidad a lo negativo en cuanto tal. Del mismo modo, si hay también en Bataille un *pensamiento* de la historia, éste no es un pensamiento de la generación histórica de los acontecimientos, sino un pensamiento del devenir de la negatividad en la historia humana. Y es precisamente por este motivo, debido a la amplitud de su visión y a su objeto, por lo que el pensamiento de Bataille es uno de los más lúcidos que existen a propósito del siglo XX y de la época de destrucciones masivas, actuales o posibles, que éste ha inaugurado. Este pensamiento, expuesto bajo el título y a partir de la noción de «parte maldita», al que Bataille llama «economía general», adquiere incluso, el mismo día que escribo estas líneas, el 12 de septiembre de 2001, o sea, el día después del ataque sin precedentes que ha golpeado a los Estados Unidos y que parece deber anunciar nuevas destrucciones masivas, una intensidad apabullante:

«Lo que la economía general define en primer lugar es un carácter explosivo de este mundo, llevado al extremo de la tensión explosiva en el tiempo presente. Una maldición pesa evidentemente sobre la vida humana, en la medida en que ésta no tiene la fuerza de atajar un movimiento vertiginoso.

Hay que sentar como principio, sin vacilar, que depende del hombre, *sólo del hombre*, levantar tal maldición. Pero ésta no podría ser levantada si el movimiento que la funda no apareciese claramente en la conciencia. Parece a este respecto bastante decepcionante no tener

que proponer otra cosa, en calidad de remedio a la catástrofe que amenaza, que la «elevación del nivel de vida».¹⁶

Y por lo que toca a las dos catástrofes históricas de su tiempo, Auschwitz e Hiroshima, que él contempla precisamente como catástrofes, es decir, como precipitados de negatividad en la historia humana, es de la misma exigencia de lucidez de la que da prueba Bataille en el plano del pensamiento, al insistir en el carácter propiamente humano del acontecimiento y sacar de ahí, por muy intolerables que fueren, todas las consecuencias desde el punto de vista de la humanidad:

«Como vosotros y yo, los responsables de Auschwitz tenían narices, boca, voz y razón humanas, podían unirse y tener hijos: como las Pirámides o la Acrópolis, Auschwitz es el hecho, el signo del hombre. La imagen del hombre es inseparable, de aquí en adelante, de una cámara de gas...»¹⁷

«vale más vivir a la altura de Hiroshima que gemir y no poder soportar su idea. En verdad, el hombre es a la medida de todo lo posible o, más bien, lo imposible es su única medida.»¹⁸

Si bien el artículo consagrado a Hiroshima contiene además reflexiones del máximo interés sobre la cuestión de la sensibilidad al acontecimiento, con todo, la sensibilidad de Bataille a la época no se ejerce en torno al acontecimiento histórico, sino más generalmente en la «puesta en juego de las representaciones más cargadas de valor emotivo». Más allá de la disparidad de escalas y de envites que ellas implican, estas representaciones («destrucciones físicas u obscenidad erótica») ponen en juego un mismo género de contenido que es el de una negatividad inconmensurable al concepto, a la presentación sensible y a la experiencia común. «Objeto de la risa, de la excitación

¹⁶ *La part maudite*, VII, 47. [Trad., Georges Bataille, *La parte maldita*, Epílogo, traducción y notas de F. Muñoz de Escalona, Icaria, 1987.]

¹⁷ «Sartre», XI, 185.

¹⁸ «A propos de récits d'habitants d'Hiroshima», XI, 226.

física, del miedo y de las lágrimas», este contenido puede ciertamente ser experimentado, imaginado y concebido; pero lo que uno no puede imaginar ni concebir, ni tampoco experimentar más que en el modo de lo inconmensurable, es eso mismo que en tal contenido me hace reír o llorar, me excita o me espanta. Es lo que Bataille llama, en referencia a Kojève, «el desvanecimiento de lo real discursivo»¹⁹, o también lo que describe como «lo imposible deviniendo verdadero, en el reino del instante»²⁰, y que en última instancia es mi propia muerte. Tal es la experiencia de lo imposible, tal es el nudo de inconmensurable negatividad que la obra de Bataille abraza en su corazón y con el que se relaciona a través de cierto número de temas que proceden todos de una lógica de agravación o de dramatización de la existencia humana: la risa considerada como «signo del horror»²¹, el erotismo como «aprobación de la vida hasta en la muerte»²² o la angustia considerada como experiencia humana fundamental.

Esta atención aguda dirigida a lo que hay de más grave y de más terrible en la existencia humana, a esta inconmensurable negatividad que podemos en adelante llamar lo imposible, está lejos de agotar, no obstante, la singular sensibilidad de su autor a la época. Bataille fue verdaderamente sensible a la época además y sobre todo en la medida en que se consagró con una tenacidad y una variedad de ángulos de aproximación sin par a aprehender sensiblemente lo imposible: no sólo a poner en juego las representaciones más cargadas de valor emotivo, sino también a poner en juego el valor emotivo en la repre-

¹⁹ *Méthode de méditation*, V, 231 [Trad., Georges Bataille, *La experiencia interior*, Traducción de F. Savater, Taurus, 1972.]

²⁰ *La Souveraineté*, VII, 261 [Trad., Georges Bataille, *Lo que entiendo por soberanía*, Traducción de P. Sánchez Orozco y A. Campillo, Introducción de A. Campillo, Paidós, I.C.E./U.A.B., 1996.]

²¹ Prefacio a *Madame Edwarda*, III, p. 9 [Trad., Georges Bataille, *Madame Edwarda*, Traducción de Antonio Escohotado, Tusquets, 1981.]

²² *L'érotisme*, X, 17. [Trad., Georges Bataille, *El erotismo*, Traducción de Antoni Vicens, Tusquets, 1979.]

sentación. Su obra, al condensar ella sola los tres grandes paradigmas del siglo (la teología negativa, que atraviesa sin instalarse en ella, lo sublime y lo trágico, que moviliza de manera inevitable), está toda entera enderezada al cuidado de expresar y de comunicar aquello que sólo puede ser lo imposible: no lo inconmensurable en cuanto tal (ése es el proyecto de la teología negativa), sino su efecto en un sujeto, es decir, su valor emotivo; no «estoy muerto», sino, como en *Lo imposible*, «Me arrojo donde los muertos», y os digo, en la forma trágica de una *Orestiada*, el efecto subjetivo de semejante representación. Recordando constantemente, por una parte, la necesidad que hay, so pena de inconsecuencia, de hablar de este género de cosas desde la experiencia personal, y teniendo clara conciencia, por otra, de las lagunas del lenguaje a este respecto, Bataille sujeta firmemente los dos cabos del problema: por un lado, acoge y provoca las experiencias más cargadas de valor emotivo («me arrojo donde los muertos»), y por otro, somete el lenguaje a operaciones que lo vuelven apto para expresar y comunicar estas experiencias en la lengua misma de aquel que regresa de ellas — lengua de aparecido o de superviviente.

Este doble movimiento está todo él contenido en un concepto con el que Bataille, en *La experiencia interior*, ha formulado de la manera más clara el modo en que él habrá sido para nosotros verdaderamente sensible a la época: el concepto de dramatización. Además de designar, en primer lugar, una práctica de representación interior emparentada con los ejercicios espirituales, la dramatización designa, en segundo lugar, una operación del lenguaje destinada a compensar lo que en él no es apto para expresar y comunicar lo imposible:

«El discurso, si quiere, puede soplar tempestuosamente; pero por mucho que me esfuerce, al amor de la lumbre el viento no puede helar. La diferencia entre experiencia interior y filosofía reside principalmente en que, en la experiencia, el enunciado no es nada sino un medio, e incluso, tanto como un medio, un obstáculo; lo que cuenta no es ya el enunciado del viento, es el viento.

En este punto vemos el segundo sentido de la palabra dramatizar: es

la voluntad, que se añade al discurso, de no atenerse al enunciado, de obligar a sentir lo helado del viento, a estar desnudo.»²³

Es esta voluntad la que Bataille pone a actuar en su escritura, y en particular en la escritura de la ficción donde en el erotismo, «enfocado grave, trágicamente»²⁴, permite tematizar y figurar la experiencia de lo imposible. Al poner en escena una experiencia erótica, que es siempre una experiencia subjetiva de la inconmensurable negatividad del deseo y de la muerte, la ficción funciona a la manera de lo que Artaud llamara un «pesa-nervios»: registra todos los afectos negativos ligados a lo imposible e *indexa* siempre la representación por el valor emotivo de lo que es representado. Esta *indexación* se efectúa por lo general desde las primeras líneas del relato, en las que el afecto mayor se encuentra a la vez nombrado y puesto a trabajar. Léanse aquí las primeras líneas de *Lo imposible*:

«Estado de nervios inaudito, irritación sin nombre: amar hasta este punto es estar enfermo (y a mí me gusta estar enfermo)».

O también la primera frase de *Madame Edwarda*:

«En la esquina de una calle, la angustia, una angustia sucia y embriagadora, me descompuso (quizá por haber visto a dos fulanas furtivas en la escalera de un lavabo)».

Es en virtud de este trabajo de *indexación* de la lengua por el valor emotivo de lo imposible (angustia o estado de nervios inaudito) como se puede, con Marguerite Duras, «decir de Georges Bataille que él para nada escribe, pues que escribe contra el lenguaje. Inventa cómo uno puede no escribir escribiendo. Nos hace desaprender la literatura.»²⁵ En guerra contra el lenguaje y la literatura, en «odio de la poe-

²³ V, 25-26. [*La experiencia interior*]

²⁴ Prefacio a *Madame Edwarda*, III, 10.

²⁵ «A propos de Georges Bataille», *La Ciguë*, 1958, retomado en *Outside*, P.O.L., 1984, Folio Gallimard, 1995, p. 35. [Trad., Marguerite Duras, *Outside*, Traducción de C. Janés, Plaza y Janés, 1993.]

sía», la escritura de Bataille es incluso, muy precisamente, una escritura del indicio, en el sentido que el filósofo americano C.S. Peirce ha dado a este término. A diferencia del símbolo, que significa según una relación convencional y que es el signo propio del lenguaje articulado, el indicio significa según una relación de conexión física, a la vez espacial y dinámica, y se sitúa siempre más acá del lenguaje articulado, en la medida en que permanece, por una parte, pegado en lo real a lo que está conectado. La risa, las lágrimas, las manifestaciones del miedo o de la excitación física son indicios, en el sentido de que guardan una conexión dinámica con lo que significan, que es también aquello que los provocó. Pues el indicio tiene especialmente una cosa en particular, y es que en él la significación se confunde con la causa dinámica. Es por eso por lo que el indicio no puede nunca engañar, siendo incluso el único signo que no engaña. Es también por eso por lo que es el único signo apto para presentar una realidad dinámica bajo el aspecto del impacto efectivo por ella provocado, es decir, para colocarnos ante este impacto conservándolo en cuanto tal. Y por tanto, se habrá comprendido, el único signo verdaderamente apto para presentar sensiblemente lo imposible. Es en este sentido como Bataille escribe contra la literatura: escribe para lo imposible.

Al fin, es sin duda en la imagen del viento, en esta imagen a la que recurre Bataille no sólo para definir la dramatización, sino también para caracterizar el modo en que la verdad nos ocurre en toda su «violencia negativa»²⁶, es sin duda en esta imagen donde se condensa de la manera más precisa esta singular sensibilidad a la época que para nosotros constituye hoy toda la importancia de Georges Bataille. «El viento de la verdad ha respondido como una bofetada a la mejilla tendida de la piedad»: inmaterial y dinámico, exclusivamente figurable por medio del indicio y bajo el aspecto de sus efectos, mensajero sin mensaje de lo que viene de lejos, el viento es finalmente la mejor ima-

²⁶ Proyecto de prefacio para *Le Mort*, IV, 365.

gen del modo impío en que el autor de *Lo imposible* nos habrá entregado la verdad.

*

A Claude Lanzmann, quien en *Shoah* le pide describir «con toda precisión [su] primera impresión de Treblinka», el anciano Unterscharführer SS Franz Suchomel acaba respondiendo así:

«El hedor era infernal.

[...]

Apetaba horriblemente, apetaba a kilómetros de distancia...

[...]

Por todas partes. Dependía del viento. La peste era llevada por el viento.

¿Comprende usted?»

[Traducción de Alejandro del Río]



ÍNDICE

GEORGES BATAILLE

Lo imposible

| | |
|-------------------|-----|
| Historia de ratas | 11 |
| Dianus | 81 |
| La Orestíada | 113 |

EMMANUEL TIBLOUX

«El viento de la verdad»

| | |
|---|-----|
| <i>Georges Bataille, el siglo XX y nosotros</i> | 157 |
|---|-----|

*Este libro se acabó de imprimir
el 12 de noviembre de 2001
en la ciudad de Madrid.*

y se produce como un ejercicio de pura pérdida, o de permanente dilapidación de unos recursos que se arrojan sin pensar en las consecuencias, con la única intención de preservar su facultad transgresora. Por esto mismo, *Lo imposible* no es una obra para la polémica ni para el escándalo.

Lo imposible está a su vez formado por tres libros que contribuyen a recalcar su radical excentricidad: éstos no se coordinan ni por los acontecimientos que narran, ni por los personajes que se citan en ellos (con los que tal vez cabría hacer un juego sutil de identificaciones), ni siquiera por la posible verdad que expresan. Y, sin embargo, algo los unifica dentro de su imposible unidad, donde la rabia y el deseo que los penetran, el horror y la muerte que los habitan, la angustia y el desenfreno que los animan, la violencia y el éxtasis que los inspiran, reunidos finalmente en el estallido de una risa imposible, desembocan en una clase de asfixia que no se produce por el estrechamiento insoportable de los límites, sino por la no menos insoportable pérdida completa de todo límite.

Mención aparte merecen los personajes que se mueven dentro de un relato como *Lo imposible*, es decir, los héroes de Bataille. Curiosos "héroes" que viven una existencia trágica sólo en cuanto que carecen absolutamente de destino: viviendo cuando ya están privados de vida, añorando la muerte cuando ésta ha perdido toda facultad de proporcionar un desenlace, deseando, en fin, cuando el deseo literalmente no sirve para nada. Se ven entonces arrojados a una existencia bañada en un extraño «erotismo» (extraño para nosotros, natural para ellos), ése que, según lo definió Bataille, es «la aprobación de la vida hasta en la muerte». Ahí se encuentra la tremenda experiencia (imposible y de lo imposible) que quiere encerrar *Lo imposible*: el erotismo es cosa de vida y muerte; pero, precisamente por eso, comunica necesariamente con la poesía y con la pasión desordenada —el odio— que la alimenta.



«Tras haber sido el hombre imposible a quien fascinaba lo más inaceptable, se hizo el hombre de lo *imposible*, ávido de alcanzar el punto en que — en el vértigo dionisiaco— lo alto y lo bajo se confunden y donde la distancia desaparece entre el todo y la nada»

Michel Leiris

«¿Es seguro que Bataille habla de sí mismo? [...] ¿Quién fue el sujeto de esta experiencia?»

Maurice Blanchot

«El místico, como el libertino, desafía la ley de la duración, viola los preceptos que permiten la vida colectiva, su quehacer es también estéril en términos “productivos” y su conducta antepone la muerte a la vida. Es la mutua indiferencia ante la muerte lo que emparenta, según Bataille, al santo y al voluptuoso, y no el sexo»

Mario Vargas Llosa

«De Georges Bataille puede decirse que no escribe en absoluto puesto que escribe contra el lenguaje. Inventa cómo es posible no escribir escribiendo. Nos desenseña la literatura. [...] ¿Cómo es posible no escribir hasta ese punto?»

Marguerite Duras

«La imagen del viento caracteriza el modo en que la verdad nos ocurre en toda su “violencia negativa”. “El viento de la verdad ha respondido como una bofetada a la mejilla tendida de la piedad”: inmaterial y dinámico, exclusivamente figurable por medio del indicio y bajo el aspecto de sus efectos, mensajero sin mensaje de lo que viene de lejos, el viento es finalmente la mejor imagen del modo impío en que el autor de *Lo imposible* nos habrá entregado la verdad»

Emmanuel Tibloux



ARENA
Libros